
CIENCIA FICCIÓN
peter kapra
MONSTRUOS
R. CORTIELLA

PETER KAPRA

MONSTRUOS

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53 BARCELONA
Dr. Julián Álvarez, 151 BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 34.130 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

Existen infinidad de lugares, en este mundo cada vez más reducido, que están prácticamente inexplorados. Naturalmente, estos no se encuentran en las cercanías de París, Londres o Nueva York. El progreso mueve y remueve el espacio vital del hombre, extendiéndose cada vez más la familia humana sobre tierras que antaño se consideraban vírgenes.

Aún, empero, hay regiones en Brasil, Australia, África o Canadá, en donde puede vivir alguien en completo aislamiento, lejos de la civilización.

La naturaleza es dueña y déspota de esos lugares que el hombre no ha conquistado aún, porque sobre ellos pasean los modernos aviones supersónicos o, de vez en cuando, una expedición científica o deportiva se aventura por semejantes sitios.

Un ejemplo de estos recónditos y aislados lugares está en la Isla de Ellesmere, la parte más septentrional de Canadá, dentro del Círculo Polar Ártico, y por encima del paralelo 80. Nieve, hielo, glaciares y terribles ventisqueros, donde, incluso en verano, se disfruta de una temperatura inferior a los cuarenta grados centígrados.

Por aquellas latitudes mora muy poca gente: familias errantes de esquimales, en busca del reno o el oso polar, cuyos perros arrastran los trineos cubiertos de pieles de foca u oso.

Un mundo blanco, alucinante, misterioso y sobrecogedor, solo digno de ser contemplado desde las ventanillas de algún avión en ruta transpolar...

Un hombre joven, un piloto canadiense, llamado Lon Weyburn, soñó muchas veces con posar su avión sobre uno de aquellos lugares eternamente blancos. Y lo hizo cuando contrajo matrimonio con Marie Wilkies, bella y singular azafata.

Esta es, pues, su estremecedora historia.

* * *

Habían salido unas horas antes de Grise Fiord, último vestigio de civilización, después de un viaje de tres mil kilómetros, desde Quebec.

Ahora, estando Marie envuelta en su pelliza y apoyada en el hombro de su reciente esposo, volaban, a doscientos metros de altura, sobre una región maravillosa. El motor «Whittle» rugía suavemente. La avioneta era nueva.

—Es increíble, Lonny —musitó ella.

— ¿Qué es increíble? —inquirió él, volviéndose a mirarla.

—Que estemos aquí, casados y solos. Todavía no acabo de hacerme a la idea... ¡Soy la mujer más feliz del mundo!

— ¡Y la más linda! —replicó él, frotando su rostro contra el de ella.

Ante sus ojos, una llanura inmensamente blanca, se extendía hasta dónde alcanzaba la vista, con ligeras ondulaciones del hielo, quebrado en algunos puntos y revelando grietas y fisuras que la última invernada no había cubierto del todo.

—Lo increíble es que estemos aquí y podamos descender, sin que nadie nos lo impida —añadió él.

—Te quiero, Lonny. Dedicaré mi vida a serte la mejor esposa que exista.

—Gracias, Marie. Estoy seguro de ello.

Marie era bonita, fascinante casi; de ojos grandes y verdes, cejas finas y arqueadas, rostro ovalado y de barbilla caprichosa y nariz casi pequeña, bien formada. Pero lo que más destacaba en ella era sus labios. Lon Weyburn se enamoró de su mujer por los labios. Y cuando los besó la primera vez se dijo que ya no podría vivir sin Marie.

Lon era un canadiense de complexión atlética, elevada estatura y expresión y facciones casi infantiles. Bajo su cabello oscuro, sin embargo, había un cerebro equilibrado, y a sus veintinueve años era uno de los mejores pilotos de su compañía, la «Canadian Air World».

No podía llamarse una excentricidad el pretender pasar su luna de miel en el Ártico. Largas horas de vuelo sobre aquellos mundos blancos habían llevado a Lon Weyburn a soñar con unas vacaciones en las regiones que solo había visto desde el aire.

Era una obsesión que ahora podía realizar. Un sueño atrayente que Marie no podía reprochar. Además, si Lon quería ir a pasar sus vacaciones nupciales en el Polo Norte, Marie iría con él.

— ¿Hemos rebasado ya el paralelo 80, cariño? —preguntó Marie.

—Sí. Ya hace largo rato. Estamos sobre la Tierra de Grant. Al frente tenemos el cabo Columbia, que supongo situado a ciento veinte millas.

— ¿Hasta dónde iremos?

—Hasta el fin. No tenemos que preocuparnos de nada. Llevamos de todo. Y lo que nos haga falta lo podemos pedir por radio. Billie nos traerá lo que...

En aquel instante el aniñado semblante de Lon Weyburn se demudó.

— ¿Eh...? ¿Qué es aquello?

Un punto oscuro acababa de surgir sobre la blancura impoluta del hielo.

Marie también se volvió, exclamando:

— ¡Un oso pardo!

—Aquí no hay osos pardos, Marie.

—Una foca muy velluda o... ¡Oh, se ha metido en un agujero!

La avioneta «Brennan» picó ligeramente, cuando las diestras manos de Lon movieron los mandos de descenso.

—Yo diría que es un mono. Pero no puede ser —musitó Lon—. Vamos a efectuar unos círculos para aproximarnos... ¡Qué cosa más singular en un sitio como este!

—Puede ser un esquimal cubierto con pieles.

— ¿Y por qué se esconde al vernos?

—Quizá le haya asustado el ruido del motor.

Lon tenía los ojos entornados y apretados los labios.

—Podemos aterrizar aquí mismo. El terreno es propicio si utilizamos los esquíes.

—No creo que merezca la pena, Lonny —objetó ella—. No se trata más que de un animal salvaje.

—No quiero aventurar opiniones —replicó Lon—. Me ha parecido algo raro, y desde luego insólito. He volado muchas veces por aquí y jamás había visto...

— ¡Qué tonterías dices! Siempre has volado por encima de los cinco mil metros. ¿Qué esperabas ver?

El piloto civil no respondió, haciendo efectuar a la avioneta un círculo en descenso, cuyo centro era el lugar, perfectamente visible ahora, donde había

desaparecido el animal objeto de su curiosidad, y que la distancia y la brevedad de la visión no les permitió examinar con mayor detenimiento.

El terreno era propicio para un aterrizaje. A excepción de la depresión, especie de agujero irregular en el hielo, por donde había desaparecido el oso, foca o lo que fuese, todo el lugar era un páramo liso que los vientos debían azotar en el mal tiempo.

La avioneta «Brennen» llevaba un tren de aterrizaje retráctil e ingeniosamente combinado con dos largos y fuertes esquíes, para poder aterrizar sobre la nieve.

Lon solo tuvo que accionar la palanca que encogía las ruedas y estiraba los esquíes. Luego, descendió hasta tocar suavemente el hielo. Cortó entonces el encendido del motor y maniobró los alerones y «flaps» para ayudar en el frenado.

La avioneta recorrió unos seiscientos metros y al fin quedó inmóvil.

—Vamos a salir de cacería, Marie —propuso Lon, levantándose de su asiento.

Detrás de la cabina de vuelo había una estrecha cámara, en donde llevaban todo el equipo. No faltaba nada allí, ni siquiera un rifle «Beaver», de veinticuatro cápsulas, calibre 22, con teleobjetivo y dispositivo automático. También tenían una radio de onda corta, prendas de abrigo, aparatos de calefacción, tienda de campaña isotérmica y todo cuanto pudieran necesitar en los treinta días que pensaban pasar en las desérticas soledades árticas.

Sin duda, en lo único que no habían pensado era en hallar animales raros en aquellas latitudes. Y una oscuridad progresiva iba acentuándose en Lon.

— ¡Quédate aquí, cariño! —dijo, tomando un par de botas claveteadas y el «anorak» de capucha, para sentarse en un banquillo extensible que abatió del muro y empezar a descalzarse—. Echaré un vistazo a ese «bicho».

—No me gusta que me dejes sola, al tercer día de casados, Lonny. La luna de miel es de los dos.

Él sonrió y besó a su mujer.

—Te amo como un loco, dulzura. Pero es mejor que salga yo primero. Me tiene intrigado ese «yeti».

— ¿«Yeti»?

—Por llamarle de algún modo. No sé aún de qué se trata... ¡Sería una gran suerte si hubiésemos descubierto una especie nueva!

Marie rio alegremente.

— ¡Qué tontería! Se trata de un oso, sin duda. ¿Por qué no puede haber por aquí «grizzlis»?

—No.

Lon Weyburn terminó de calzarse las botas, se puso el «anorak» y se colgó el «Beaver» del hombro, besando luego a Marie en los labios.

—No tardaré mucho en volver, cariño.

—No pienso irme sin ti, esposo mío —replicó ella, sonriente.

Él abrió la compuerta y saltó al suelo. El hielo era duro y la temperatura

muy baja, pero no hacía viento.

— ¡Cierra por dentro! —gritó Lon, desde abajo.

Marie le envió un beso con la punta de los dedos y cerró la compuerta, dejando a su marido sobre el hielo, ante un paraje completamente blanco, dilatado y brillante, sobre el que los rayos del sol, inmóvil en el cielo, al parecer, reverberaban intensamente, con mil puntos de luz, hacia los ojos del joven piloto.

Había aterrizado cerca del lugar donde había visto desaparecer el animal, objeto de su interés. Unos ciento veinte metros les separaban de aquel punto. Acercándose, Lon preparó el rifle. Estaba seguro de tener que utilizarlo. Su presa debía estar oculta, pero saldría al ventearlo, y quizás quisiera atacarle.

En verdad, Lon Weyburn estaba muy lejos de sospechar lo que iba a descubrir y cuáles podían ser las consecuencias de su extraño hallazgo.

Siguió avanzando, sintiendo la mirada de Marie fija en él, y se volvió en tres ocasiones, agitando la mano.

De pronto, en el helado silencio, Lon escuchó algo así como un rugido, que procedía, exactamente, del agujero en donde viese desaparecer al animal. Instintivamente, preparó el rifle, introduciendo una bala en la recámara.

Se acercó cautelosamente.

No notaba el frío. La tensión era acuciante. Sabía que Marie le estaría contemplando desde la cabina de la avioneta, más nerviosa que él. Y esto le animó.

No podía acobardarse en presencia de su mujer.

Sin embargo, el pánico habría de dominar a Lon segundos después.

De pronto, se oyó un nuevo rugido bestial, capaz de helar la sangre en las venas a cualquiera, incluso a hombres más templados que el piloto de la «Canadian».

¡Y del agujero surgió una horripilante cabeza, endrina, de lacios y revueltos pelos!

Dos manos simiescas se apoyaron en el hielo. Se abrió la boca de aquel monstruo, apareciendo una cavidad dentada, oscura... ¡Y un nuevo rugido infrabestial brotó de lo más hondo de la garganta del animal!

Lon Weyburn quedó paralizado. Aquello no era una bestia conocida. Parecía un mono y un hombre al mismo tiempo.

Sin embargo, no pudo examinarlo bien. «Aquello» saltó hacia él, surgiendo impetuosamente del agujero, mientras emitía unos rugidos estremecedores y alzaba los velludos brazos, como si quisiera atacar con ellos a Lon.

En el último instante, Lon recordó el rifle que tenía en las manos y lo alzó. Ya era demasiado tarde.

Un manotazo fortísimo le alcanzó, haciéndole retroceder y soltar el arma.

Con un nuevo y más pavoroso rugido, el monstruo le agarró de un brazo y del cuerpo, alzándole al aire, para arrojarle al suelo con fuerza increíble.

En aquel instante, llegó desde la avioneta un grito estridente, lleno de

angustia y terror. Procedía de Marie, que, al ver la agresión de su esposo, irreflexivamente abrió la compuerta del aparato y saltó a tierra, gritando.

El monstruo, se volvió cuando ya iba a caer de nuevo sobre Lon. Quedó un instante indeciso y Lon aprovechó esta oportunidad para apartarse y agarrar el rifle, empezando a disparar inmediatamente contra su agresor.

Las balas pegaron contra aquel cuerpo velloso... ¡Rebotaron en él, como si su piel fuese una coraza de acero, cayendo al suelo, aplastadas y deformes!

Lon emitió un alarido de terror y arrojó el rifle al suelo, saltando e intentando alejarse a la carrera. Lo que acababa de ver era algo que su mente no podía concebir. Más que inaudito, era imposible.

Mientras corría hacia la avioneta, cojeando, porque la violenta caída resintió su cadera, detrás de él escuchó otro bestial rugido, y creyó que el monstruo le perseguía. Aterrado, volvió la cabeza, sin dejar de correr, y cuál no sería su estupor al ver que el animal había desaparecido.

Arreció su velocidad y pronto cayó en brazos de Marie.

— ¡Lon, vámonos de aquí! ¿Le has matado?

— ¡No...! ¡Sube a la avioneta, aprisa!

— ¿Te ha hecho daño?

—No lo sé... ¡Aprisa, puede volver!

Treparon a la cabina de la avioneta. Marie entró primero y ayudó a Lon, que estaba mortalmente pálido y temblaba como un azogado. Sin respirar apenas, ahogándose, Lon cerró la compuerta y se sentó ante los mandos.

— ¡Es un animal jamás visto! —exclamó—. Pero de piel tan dura que las balas no le hicieron mella.

— ¡Dios mío!

Lon extendió la mano para conectar el encendido del motor. Tenía la vista fija en el lugar donde había vivido la escena más horripilante de su vida, y en donde aún yacía el rifle sobre el hielo blanco, junto al agujero ocupado por...

— ¿Qué era eso, Marie? ¿Has podido verlo como yo? —ahora, Lon se volvió a mirar a su joven esposa, tomándola de los hombros y mirándola intensamente a los ojos—. Vivimos en un mundo civilizado, rodeados de técnica y progreso... ¡Jamás creí que existiera nada así!

»¡No es una foca, ni un oso! ¡Es el abominable hombre de los hielos, Marie! ¡El «yeti» que te mencioné en broma! ¡Y su piel es tan dura que un rifle no le causa daño alguno!

»Es un animal de carne y hueso... ¡Una bestia de fuerza colosal!

— ¡Vámonos, Lon! ¡Puede salir de nuevo!

Lon puso en marcha el motor «Whittle», que aún estaba caliente. En un instante, la hélice empezó a girar con fuerza.

—Sí. Debemos avisar a Grise Fiord. El sargento Neiden se encargará de esto.

* * *

Carl Neiden, sargento de la Real Policía Montada del Canadá, se

encontraba en su cabaña, en el puesto más septentrional de todo el vasto territorio, y se preparaba una cafetera. Estaba leyendo una novela del oeste americano, sin apartar la mirada de la página. Incluso llegó a quemarse y emitió un gritito, pero continuó leyendo.

En aquel instante se produjo la llamada en la puerta.

Se volvió, torvo el semblante y gritó:

— ¡Adelante! ¡Está abierto!

Un hombre de piel cetrina y ojos ligeramente almendrados, que vestía a la usanza de los esquimales; apareció en la puerta.

—Le llaman en la estación de radio, sargento.

—Voy, Ulk.

—Es el piloto que estuvo aquí esta mañana. Dice haber visto algo espantoso. Viene para acá.

Carl Neiden arqueó las cejas.

— ¿Qué ha visto qué?

—Un no sé qué. El señor Earl me ha dicho que le llame.

Salieron de la cabaña. La factoría de Grise Fiord era un lugar poblado por una treintena de familias esquimales y cinco personas blancas: dos matrimonios, los Earl y los Veckdail, y el sargento Neiden.

La estación de radio se encontraba contigua al almacén de Earl, empleado de la Compañía Peletera del Nordeste. Más allá estaban las cabañas de madera de la colonia esquimal.

En dos zancadas, Neiden recorrió los treinta metros que había entre su cabaña y el almacén, empujando la puerta de la cabina de radio, donde Don Earl, de cuarenta y dos años, estaba manipulando los conmutadores.

— ¡Eh, Carl, el matrimonio Weyburn ha tenido un encuentro alucinante! —exclamó Earl, cuando entró el sargento.

— ¿Qué cuernos me dices?

Ulk, sirviente de Earl, entró detrás del recio sargento.

—Aquí tienes a la señora Weyburn. Habla con ella.

Carl Neiden tomó el micrófono y dijo:

—Al habla el sargento Neiden. Hable, señora Weyburn. Cambio.

— ¡Escuche, sargento, nos encontramos a ciento ochenta millas de Grise Fiord! ¡Estamos regresando! No hace diez minutos, mi esposo y yo vimos un animal salir de un agujero. Nos llamó la atención y Lon decidió aterrizar. El monstruo, al vernos se escondió en un agujero.

«Aterrizamos y...

A través de las ondas hertzianas, el sargento Neiden escuchó el relato más escalofriante de su vida.

Llevaba cinco años en aquel puesto y jamás había oído nada igual.

Cuando Marie Wilkes, ahora Weyburn, terminó su relato, Neiden observó:

—Está bien, señora Weyburn. Regresen ustedes aquí. Regresaremos su marido y yo y echaremos un vistazo a ese monstruo. Estoy seguro de que se trata de... Bueno, no sé qué puede ser.

— ¡Las balas del rifle no le hicieron nada, sargento!

—Vamos, vamos, señora. Creo que está usted muy excitada. Cuando lleguen aquí hablaremos con calma.

— ¿No me cree usted?

—Naturalmente que la creo, señora Weyburn. No tengo motivo alguno para dudar de su palabra, créame. Ocurre, sin embargo, que una foca atrofiada o un simple oso polar...

— ¡He ido a la Universidad, sargento! —declaró Marie, enérgicamente—. Y sé de zoología lo suficiente para asegurarle que no se trata de ningún animal conocido. Mi esposo dice que es una especie de «yeti», o abominable hombre de los hielos.

—Bueno. ¿En qué lugar lo han visto?

—No puedo indicarle exactamente. Se trata de una planicie, cerca de Cabo Columbia.

— ¡Hum! Un paraje ese muy extenso. Bueno, no importa. Lo exploraremos su marido y yo.

— ¡Mi marido no regresará aquí por nada del mundo!

—Veo que están ustedes muy nerviosos. No debieron ir tan lejos a pasar su luna de miel. Vamos, despreocúpense. Estamos esperándole. Corto.

Dos horas más tarde, la avioneta del matrimonio Weyburn aterrizaba en la pista helada que había próxima a la factoría de Grise Fiord. Se deslizó rápidamente sobre el hielo, perdiendo velocidad, hasta detenerse por completo. El sargento Neiden, Ulk y Don Earl se acercaron para ayudar a la pareja a descender.

La primera en saltar a tierra fue Marie. Se abrochó el «anorak» y se dirigió al sargento, diciendo:

—Si quiere usted disponer de la avioneta, hágalo. Pero Lonny no irá con usted. ¡No volveríamos a aquel lugar por nada del mundo!

— ¿Qué es lo que vio usted, señor Weyburn? —preguntó el sargento, dirigiéndose al piloto.

—Vi algo que... Bueno, si quiere que le diga la verdad, ni siquiera sé lo que vi. Algo. Yo llevaba el riñe y saltó ante mí... Un antropomorfo, cubierto enteramente de pelo, de ojos pequeños y boca dentada... Su rugido me heló la sangre en las venas. Me derribó con facilidad, ¡y las balas que le disparé no le hicieron mella, rebotando y cayendo al suelo!

Carl Neiden estaba muy serio. Sin embargo, no pudo contener una sonrisa.

—El «yeti», sargento. Naturalmente.

CAPÍTULO II

El sargento Neiden, conduciendo un «snowtruck», especie de tractor de nieve, de gran radio de acción, en donde llevaba todo lo necesario para vivir un par de meses en regiones tan áridas como aquellas, salió hacia el norte al día siguiente de la partida del matrimonio Weyburn hacia el hospital de Fort Saskeboro, donde debía recibir tratamiento médico, debido a las lesiones sufridas.

Pero ni el sargento Neiden ni su «snowtruck» regresaron jamás de su viaje. Tampoco se tuvo noticia alguna suya, pese a que iba provisto de un potente radioemisor a transistores.

Sencillamente, no volvió. Y una semana más tarde, Don Earl empezó a temer que la historia inverosímil del matrimonio Weyburn pudiera tener alguna verosimilitud. Por lo que pudiera ser, Earl avisó al puesto de mando más próximo de la Real Policía Montada y el caso del «yeti» empezó a tomar caracteres oficiales.

En primer lugar, un capitán y seis montados llegaron en pocas horas a Grise Fiord a bordo de un avión de reconocimiento, acondicionado para latitudes septentrionales.

Lo primero que hizo el capitán Edmund Platre fue escuchar a todos los que tenían algo que decirle y luego, tras reflexionar unos minutos, se puso al habla por radio con Fort Saskeboro, donde se encontraba aún Lon Weyburn, de quien recibió un amplio informe.

Luego, Platre y sus hombres despegaron de Grise Fiord y se dirigieron al interior de la Isla de Ellesmare, siguiendo las indicaciones dadas por Weyburn, que, sin ser extremadamente exactas, sí daban idea bastante aproximada del paraje que buscaban.

En pocas horas, el avión sobrevolaba el lugar indicado por Weyburn y el capitán Platre ordenó al piloto:

—Aterriza, Joseph. Vamos a explorar el terreno palmo a palmo. El sargento Neiden ha de encontrarse por estos lugares, vivo o muerto.

El pesado avión también iba provisto de tren de aterrizaje especial, propio para latitudes polares, y su deslizamiento, al tocar sobre el hielo, levantó sábanas de polvillo blanco a derecha e izquierda, hasta que el piloto logró detener al aparato.

Entonces, Platre reunió a sus seis hombres y les dio órdenes terminantes:

—Vamos a dividirnos en tres grupos. Preparad los trineos y enganchad los perros. Hay que rastrear la zona meticulosamente. Id preparados para lo que pueda ocurrir, pero si surge algún contratiempo lanzaréis las bengalas de aviso y acudiremos todos.

Un cabo objetó:

— ¿No sería mejor efectuar un reconocimiento previo desde el aire?

—De eso nos cuidaremos Joseph y yo. Os estaremos vigilando desde el aire continuamente. Acudiremos en el acto donde encontréis algo. Es importante examinar bien las grietas del terreno. Si hay algo, debe de encontrarse en esos agujeros.

Los montados asintieron y dispusieron sus equipos. En breve tiempo se desembarcaron los trineos, los perros y los equipos. Platre señaló las tres direcciones que debían seguir los tres grupos.

—Si no encontramos nada, nos reuniremos a las doce en punto en este lugar. Nosotros, como es lógico, llegaremos mucho antes.

—De acuerdo, señor.

Partieron los tres grupos y el capitán Platre subió de nuevo al aparato, el cual cerró su compuerta y volvió a poner sus motores en marcha, para deslizarse de nuevo sobre el hielo y despegar con una facilidad espectacular.

La búsqueda del sargento Neiden había dado comienzo. Edmund Platre ni creía ni dejaba de creer la historia de Lon Weyburn. Estaba seguro de que en aquel territorio existía algún misterio que su deber era desentrañar. Posiblemente, la explicación, si daban con ella, al fin, no sería la misma dada por Lon Weyburn. Pero Platre debía hallarla.

Su teoría era que Weyburn, efectivamente, vio algo anormal. Y su fantasía o miedo debió hacer el resto, pese a la corroboración de su esposa, la cual no era, prácticamente, un testigo directo.

—La señora Weyburn se encontraba en el interior de la avioneta, a unos quinientos metros de distancia, o algo así. No podía ver gran cosa —reflexionaba, en voz alta, junto al piloto Joseph Molton—. ¿No te parece lógico?

—Sí. Pero ¿y el sargento Neiden, señor?

—Pudo sufrir un accidente. Su vehículo ha debido precipitarse en el fondo de alguna fisura. El hielo está agrietado en muchos lugares y el invierno ha cubierto con una capa helada esas grietas traidoras. Un error al no tantear el suelo y el «snowtruck» pudo caer en un abismo.

—Sí, es lógico —admitió Molton—. Es la explicación más sensata que se nos puede ocurrir. Pero, si quiere que le diga la verdad, me seduce más la historia de Weyburn.

— ¿Te seduce más? No te entiendo.

—Sería increíblemente fantástico descubrir alguna especie animal desconocida en estos parajes...

— ¡No sueñes, Joseph! Todo lo que hay en este planeta está descubierto ya. Las fantasías déjalas para los cosmonautas que pronto llegarán a otros mundos. ¿Quieres un poco de café?

—No, gracias, señor. Y no me tome por loco o necio. He dicho solo que me gustaría encontrar algo extraordinario. Sé muy bien que no encontraremos nada.

* * *

No había de pasar media hora para que Joseph Monten tuviese ocasión de cambiar de idea.

Estaba pilotando el aparato, a unos trescientos metros de altura, cuando, de pronto, un grito escapó de su garganta:

— ¡Capitán, mire usted allí!

Edmund Platre se precipitó a su lado, inclinándose sobre los cristales irrompibles del parabrisas. Y sobre la sábana blanca del suelo, vio un ser saltando ágilmente, a cuatro patas, hacia un agujero irregular, practicado en el hielo, en donde desapareció de un brinco.

Los dos hombres se miraron vivamente, atónitos.

— ¿Qué era eso? —preguntó Molton, casi sin voz.

—Efectúa círculos. Y, si es necesario, desciende —ordenó Platre, secamente.

Obedecida la orden, el piloto del avión de transporte efectuó un par de círculos, a baja altura, sin que pudieran descubrir nada más que un agujero poco profundo, en medio del hielo.

— ¿Puedes aterrizar, Joseph? —preguntó Platre.

—Sí, señor. El hielo parece firme.

—Bien, hazlo. Examinaré ese agujero. Desde luego, no sé lo que es, pero hay algo.

Con maestría, Molton empezó a descender el aparato, hasta posarlo suavemente sobre la helada superficie. El pesado avión se deslizó raudo, una vez hubo tocado el tren deslizante sobre el hielo, para ir a perder velocidad un kilómetro más allá, donde giró, todavía impulsado por su inercia y por las hélices, y regresar hasta las proximidades del agujero objeto de su interés.

Nada más detenerse el aparato, Edmund Platre abrió la compuerta y abatió la escalerilla. Estaba equipado con una recia pelliza isotérmica, fuertes guantes y capucha de piel de foca, forrada que solo dejaba al descubierto una pequeña porción de su rostro. Los ojos se los protegía con gafas de cristal oscuro.

En la mano llevaba un fusil ametrallador y en la funda, sujeta con un cordón que rodeaba su cuello, llevaba la pistola de reglamento. Por lo que pudiera ser, Platre confiaba más en el ametrallador.

— ¿Quiere que lance los cohetes, capitán?

—No, todavía no. Voy a examinar ese agujero. Aguarda aquí.

Con paso firme, el capitán de la policía montada se acercó al lugar en el que había visto desaparecer el curioso animal que avanzaba a saltos. Llevaba montado el ametrallador y estaba dispuesto a disparar al menor asomo de peligro.

Recordó lo que le dijese Lon Weyburn: «¡Las balas no le hicieron daño alguno! ¡Rebotaron en su piel, como si llevase una coraza metálica bajo el pelo que lo cubría todo! ¡Y era lo más parecido a un hombre que he visto en mi vida!»

Platre no era un cobarde, pero tampoco un insensato. Teniendo en cuenta aquellas palabras, que podían ser fruto de la excitada impresión recibida por Lon Weyburn, pero también, por algún extraño misterio, podían ser un retrato fiel de la realidad, contuvo sus ímpetus de saltar dentro del agujero, que no tenía más de dos metros de profundidad.

Vio la caverna que se perdía dentro de la capa de hielo. Y hacia ella dirigió el cañón de su arma, oprimiendo el disparador. El estruendo del arma sonó fuertemente en el silencio.

La contestación que obtuvo Platre fue un rugido terrible que le erizó los cabellos debajo de la capucha.

Retrocedió instintivamente. Le pareció oír un golpeteo bajo el hielo y, de súbito, ante él saltó la repelente forma de un monstruo, jamás visto, cubierto enteramente de pelo oscuro, abierta la boca y mostrando unos dientes amarillentos, de cuya garganta salían alaridos sobrecogedores.

Edmund Platre no se detuvo siquiera ni a reflexionar. Alzó su arma y disparó furiosamente, teniendo el singular acierto de introducir varias balas dentro de la boca del horrible animal, el cual dejó de aullar, para detenerse en su avance, estremecerse con bestial violencia, y luego, echando sangre roja por la boca, ir a caer sobre su agresor, al que agarró del cuello con una fuerza descomunal.

Aquella bestia caminaba sobre fuertes piernas, enteramente cubiertas de revuelto pelo. Tenía todo el aspecto de un ser humano, de no haber sido por sus mejillas cubiertas de vello. Pero sus ojos eran irisados y oscuros, como los de un hombre.

Sus manos también poseían dedos fuertes y flexibles. Su estatura era algo más elevada que Platre, y la caja de su pecho ancha, de abultados pectorales.

Pese a estar expulsando sangre por la boca, aquel antropomorfo dominó a Platre, le desarmó de un tirón y le derribó, para luego, agarrarle de un pie y arrastrarlo hacia el agujero, cuando la compuerta del avión se abría ya para dar paso a Joseph Molton, quien venía armado de otro ametrallador.

El monstruo y su presa desaparecieron dentro del agujero. Sobre el suelo quedaron las manchas rojas, siniestras, de la sangre derramada por el horrible y espantoso ser.

Molton, una vez en tierra, no se atrevió a acercarse al agujero, aunque

había dado unos pasos hacia aquel lugar. El pánico le sacudía de pies a cabeza.

Retrocedió hacia la escalerilla y subió al avión, yendo a la cabina-almacén, donde abrió una caja de cartón. Allí había una pistola de señales. La tomó, junto con varios gruesos cartuchos y regresó a la cabina, donde abrió una ventanilla. Sacó entonces el arma al exterior y disparó al aire la primera bengala.

Repitió tres veces esta operación, disparando hacia tres puntos distintos. Cuando terminó miró hacia el agujero en donde había desaparecido el monstruo y su jefe.

¡Y cuál no sería su horror al ver asomarse a uno de aquellos terribles animales, seguido de otro, y de otro!

Petrificado, Joseph Molton vio a los monstruos avanzar hacia el avión. Su número iba en aumento. Ya habían salido media docena del agujero y continuaban surgiendo más.

Aterrorizado, el piloto tomó el ametrallador y empezó a disparar contra los monstruos, para contenerlos. Muchas balas pegaron en sus cuerpos velludos, otras se hundieron en el hielo... ¡Pero ninguna les hizo el menor daño!

¡Pero los monstruos continuaban surgiendo del agujero y acercándose al avión, en grupo amenazador!

Pronto, aquellas manos cubiertas de pelo oscuro, empezaron a golpear el aparato con los puños cerrados. Otros se agarraron al tren de aterrizaje, tirando de los hierros y desencajándolos, como si de pajas se tratase.

Al perder el apoyo de los esquíes, el avión se ladeó, cayendo sobre un ala. Y los monstruos empezaron a golpear el fuselaje, hundiendo las planchas de duraluminio.

El número de monstruos era ya de una veintena y continuaban saliendo. ¡Todos rodeaban el aparato! ¡Todos blandían sus manos y sus pies, a modo de fuertes mazas, y el avión pronto tuvo su primer agujero, por el que introdujo la cabeza, rugiendo, uno de aquellos horrendos animales!

Joseph Molton gritó, aterrado. El avión se agitaba violentamente, zarandeado y desgarrado por varios sitios. Más cabezas cubiertas de cabello hirsuto se asomaron.

Luego, el terror hizo perder el conocimiento al piloto de la Real Policía Montada, quien cayó sobre el piso que se estremecía a consecuencia de los tremendos golpes de sus atacantes.

* * *

Algunos días después, los hombres regresaron a Grise Fiord. Solo eran cuatro. Los otros se habían perdido. El cabo Norman Snyde, sin hablar con nadie, se sentó ante la radio de Don Earl e informó a sus jefes de la desaparición del capitán Platre.

La noticia saltó entonces a la prensa, con grandes titulares, y en pocas horas se extendió por el mundo.

«¡El abominable hombre de los hielos descubierto en la Isla de Ellesmere! ¡Un piloto de la "Canadian Air World" ha sido atacado por un enorme animal, cubierto de pelo de la cabeza a los pies, contra el que nada hacían las balas!»

«¡Cuatro miembros de la Policía Montada desaparecidos! ¡Un tractor de nieve y un avión de reconocimiento volatilizados en medio del hielo!»

«Crónica especial de nuestro enviado en Grise Fiord. (Por Alan G. Shelton.) Apenas llegado a este apartado rincón del mundo, enteramente cubierto de hielo todo el año, he captado la tremenda tensión reinante. El señor Don Earl, de la Compañía Peletera del Noroeste, me ha contado todo lo que sabe. Él no ha visto al "Monstruo de los Hielos", pero ha hablado con las personas que lo han visto.

»Relata cuando captó la angustiosa llamada del matrimonio Weyburn, la joven pareja que pensaba pasar la luna de miel en el Ártico. El desaparecido sargento Carl Neiden, jefe del puesto de Grise Fiord, no creyó una palabra de cuanto le explicó Weyburn. Quizá yo tampoco lo hubiese creído. Y, sin embargo, los hechos que han tenido lugar después, culminando con la desaparición del capitán Edmund Platre y cuatro de sus hombres, confirman la existencia del horrendo monstruo.

»Esto es ahora un campamento militar. La llegada de tropas, policías y científicos han dado una vida nueva a la factoría, según me comunican los anteriores moradores, entre los cuales reina un nerviosismo lógico.

»Los hechos parecen confusos. Hay en todo cuanto me dicen un acusado matiz de confusionismo que no sé si atribuir a superstición o temor. Se está organizando una expedición militar a las lejanas tierras del norte, y al mando de este enjambre de personas, técnicos, zoólogos, policías y militares, está el coronel Francis Cameron, de las Reales Fuerzas, con quien es imposible entrevistarse, por ahora.

»He intentado, sin éxito, acercarme a su tienda isotérmica. Un círculo de soldados armados, con ese aire de esquimales que todos tenemos aquí, cubiertos con las pellizas de piel, pues estamos a veinte grados bajo cero, rodea la tienda del jefe, como si quisieran protegerle del imprevisto e inesperado ataque del "Monstruo de los Hielos"...»

Alan G. Shelton había hecho una crónica interesante, desmenuzando todo cuanto de cierto o imaginario había captado en Grise Fiord. Luego, Shelton desapareció de aquel lugar, a bordo de su avioneta, en donde campeaban las siglas de la «United Press», para aparecer de nuevo en Fort Saskeboro.

Aquel lince de la información pronto comprendió que las personas más indicadas para informarle ampliamente del caso se encontraban allí. Y no le fue difícil hallar a Marie Weyburn, desayunando en el albergue. Un médico del pequeño hospital militar se la presentó.

—Señora Weyburn, permítame presentarle a Alan G. Shelton, de la «United Press».

Marie sonrió, un tanto tristemente, e indicó a Alan un asiento frente a ella.

Alan era un hombre joven, de unos treinta años, bien parecido, semblante

inteligente y ademanes nerviosos y ágiles. Le había impresionado mucho la belleza de Marie, pero como hombre correcto y educado, se guardó muy bien de exteriorizar sus sentimientos.

—Acabo de llegar de Grise Fiord, señora Weyburn —empezó diciendo Shelton, con una simpática sonrisa—. ¿Cómo se encuentra su esposo?

Marie miró significativamente al doctor Robbins, quien permanecía a un lado, un tanto cariacontecido.

—En verdad, no acaba de mejorar —musitó el médico.

— ¿Qué tiene? —preguntó Shelton.

—Fue agredido por el «Monstruo» —dijo Marie—. Al principio se resentía de un golpe en la cadera. Ahora, sin embargo, parecen existir otras complicaciones... El doctor Robbins no parece dispuesto a decirme lo que tiene.

— ¡Por favor, Marie! —exclamó el doctor—. Le he dicho cien veces que lo ignoro. Los síntomas son de fiebre alta e intermitente, cansancio o agotamiento. Nada más. Le examinamos con frecuencia y no hallamos nada alarmante, pero tampoco nada tranquilizador.

—El «Monstruo» atacó a mi esposo, señor Shelton —dijo Marie—. Saltó sobre él y le derribó con facilidad. Y Lon no es un enclenque, ni mucho menos.

— ¿Podré hablarle, doctor Robbins?

—No. Le tenemos aislado. Ni siquiera permitimos que le hable su esposa.

— ¿Por qué?

—No queremos correr riesgos. Puede haber sido contagiado.

—Pero ustedes le tratan y le examinan, ¿no es así?

—Nosotros nos sometemos a un tratamiento de esterilización. Se le puede ver, sin embargo, a través de una mirilla. Marie le ha visto y ha hablado con él por señas.

—Entiendo. Bien, señora Weyburn. Cuatrocientos millones de personas están ávidas por conocer las noticias del caso. ¿Quiere usted colaborar conmigo?

Marie Weyburn asintió tristemente. Luego, inició su extraño relato, escalofriante y sobrecogedor, narrando, desde principio a fin, lo que vieron sus ojos en la desértica planicie próxima a la Tierra de Grant, por encima del círculo polar ártico.

Alan G. Shelton no tomaba notas jamás. Su mente captaba nombres y detalles con precisión pasmosa. Luego, sin escribir ni una letra, utilizando el teléfono o la radio, informaba a su agencia, concisa y escuetamente, ateniéndose siempre a los hechos.

Y el relato de Marie Weyburn no podía ser más interesante, a tenor de lo que había sucedido después.

—De modo que su esposo no se recupera, ¿eh? Supongo que los médicos habrán considerado la posibilidad de una inoculación por parte del monstruo.

—Eso es lo que tememos, señor Shelton —confesó Marie—. Yo quiero

llevar a Lonny a Quebec para que le vea un especialista. El doctor Robbins y sus colegas se oponen a que salga de aquí, bajo ningún concepto. Alegan que es preciso mantenerle en cuarentena, hasta ver si desaparecen esas extrañas fiebres.

—Es una precaución necesaria, señora Weyburn —comentó Shelton—. Bien, doctor Robbins, ¿puedo ver al enfermo?

—Sí, venga usted conmigo.

—Les acompañaré —añadió Marie, poniéndose en pie.

Se trasladaron al pequeño y blanco hospital de Fort Saskeboro, subiendo al primer piso y deteniéndose ante una puerta, en la que había un rectángulo cubierto con un cristal. Dentro de una salita, en la que había una enfermera sentada junto al lecho, yacía Lon Weyburn, con la frente cubierta de sudor.

— ¡Lonny! —musitó Marie, emocionada.

— ¿Duerme? —preguntó Shelton a Robbins.

—Se encuentra bajo los efectos de la fiebre.

—Tiene el semblante oscuro.

—Está sin afeitar desde ayer. Ordenaré que le afeiten cuando pase la fiebre.

— ¿No se le puede tomar una fotografía?

—No, lo siento. Ahí no puede entrar nadie.

— ¿Puede usted facilitarme una foto cualquiera de su esposo, señora Weyburn?

—Sí, creo que sí. Debo de tener alguna en el equipaje.

CAPÍTULO III

Una semana más tarde, Alan G. Shelton regresó a Fort Saskeboro. Él mismo pilotaba su propia avioneta. Saltó a tierra, quitándose las gafas de cristales verdes y su primera pregunta, a uno de los auxiliares del aeródromo, fue:

— ¿Están aquí, aún, el señor y la señora Weyburn?

— Sí. Casualmente, ella está en el hangar donde se guarda su avioneta. Allí —explicó el auxiliar, señalando una amplia cabina, al extremo del campo.

Despojándose de la capucha y alisándose el broncíneo cabello, Alan se dirigió hacia donde le habían indicado. Halló una pequeña puerta entornada, la cual empujó. Dentro del hangar vio a Marie, hablando con un mecánico. Ambos se volvieron, al verle entrar.

Marie sonrió y avanzó al encuentro del periodista, quien esgrimió su mejor sonrisa para saludar a la mujer.

—Hola, señora Weyburn. ¿Cómo está?

—Bien, señor Shelton. ¿Se ha enterado?

—Sí. Lo siento muchísimo, créame. ¿Qué opinan los médicos?

Serena y fríamente, Mane respondió:

—No encuentran explicación alguna. Pero, si Lon se ha de transformar en un monstruo, prefiero que muera.

— ¡No diga eso, por Dios! —exclamó Shelton—. Quizá su esposo pueda servirnos para encontrar las causas de este espantoso misterio. La expedición del coronel Francis Cameron ha resultado un fracaso. Se ha registrado meticulosamente todo el territorio, sin encontrar el menor vestigio de «Monstruo de los Hielos».

— ¡Infelices de los hielos! —prorrumpió Marie, a punto de romper a llorar —. Es espantoso lo que me ocurre, señor Shelton. Cuando el doctor Robbins me informó de lo que ocurría, creí volverme loca... ¡Es inaudito que Lon se esté convirtiendo en un ser como el que...!

Maris se estremeció y Alan le puso la mano en el hombro, familiarmente.

—Tranquilícese, Marie. Créame que si pudiera ayudarla, lo haría aunque para ello tuviese que remover el mundo.

—Gracias... A veces tengo el irresistible deseo de acercarme a él y besarle, para ver si me contagio de su enfermedad, o lo que sea... ¿Sabe que ya no pueden ni siquiera inyectarle? ¡Su piel se ha vuelto dura, impenetrable!

—Quisiera ir a verle.

—No le dejarán, señor Shelton. Ya no me dejan ni siquiera verle a mí. Han venido hombres de ciencia de Quebec, Montreal, Nueva York y Londres. Está siendo estudiado, como si se tratase de un conejo de Indias.

—Es natural. Se trata de un caso excepcionalmente raro. ¿Por qué está

usted todavía aquí, Marie?

—No tengo familia. Mis padres murieron hace dos años, en un accidente de aviación, ocurrido en Terranova. Sufrí una gran depresión, y salí de ella para hacerme azafata. Debía sobreponerme y un médico de la familia rúe aconsejó ese trabajo. Si no lograba dominar mi miedo a los aviones, jamás me recuperaría.

»Creo que lo logré, aunque, al principio, temblaba como hoja de árbol. Ahora, solo me faltaba esto.

—Lo siento, Marie. Me gustaría ayudarla. Se me ocurre que podía usted venir a Madison, invitada mía. Yo no estoy nunca allí. Haría usted compañía a mi madre. Está sola, cuidando sus flores. Una temporada en Madison le sentaría bien.

Era un ofrecimiento generoso. Alan G. Shelton sentía profundamente el dolor de la joven. Si el periodista había logrado hacerse famoso fue, precisamente, por el sentimiento personal que ponía en todos sus emocionantes relatos. Y para escribir era preciso sentir primero.

—Aquí, desde luego, no puede continuar, Marie —insistió—. Puede que se encuentre el modo de curar a su esposo. No creo que sea fácil ni inmediato. Y permanecer en este lugar ha de ser un continuo sufrimiento.

»Hágame caso, Marie. Ahora regreso a Nueva York. Pasaré por casa y daré un beso a mamá. Puedo dejarla allí con ella.

—Tengo amigas en Quebec que...

—No se lo aconsejo. La molestarán continuamente. Lo mejor es que nadie sepa dónde está. No crea, ni por un momento, que deseo reservarme la exclusiva de la noticia. Sinceramente, Marie. Estoy tan consternado como usted. Hablan tanto del caso de su esposo que ni siquiera se escucha mi voz.

»No sé en qué terminará esto, pero, de corazón, me gustaría ayudarla.

—Gracias, Shelton. Es usted el primer periodista que me habla así.

— ¿La han molestado mucho?

— ¡Muchísimo! Tanto que pensaba irme unos días lejos de aquí. Tengo los nervios destrozados.

— ¡Acepte mi proposición!

—Acepto. Pero necesitaré tener noticias de Lon.

—Las tendrá, se lo prometo.

— ¿Y dice usted que no han encontrado nada sobre aquellos lugares?

—Nada. Los «Monstruos del Hielo», sea uno o sean cien, parecen haberse volatilizado. Tampoco se han encontrado rastros del avión ni del «snowtruck» del sargento Neiden.

— ¿Ni el rifle «Beaver» de Lon, que quedó abandonado sobre el hielo?

—Ni eso. Nada en absoluto.

* * *

La doctora Nadja Wieliczka llegó a Fort Saskeboro al día siguiente de haber marchado Marie Weyburn, acompañada del periodista Shelton.

Descendió de una avioneta de alquiler e inmediatamente, su extraordinaria belleza llamó la atención de todo el lugar.

Traía un pequeño equipaje, iba envuelta en pieles caras, aunque llevaba descubierta la cabeza, cuidadosamente peinada, como si acabase de salir de la peluquería y su semblante, algo blanco, no revelaba más de veinticuatro años. Pese a su juventud, estaba graduada en Moscú con el título de doctora en exobiología (biología extraterrestre), ciencia esotérica y casi tabú, de la que solo hablaban las revistas científicas especializadas.

Fue recibida por el doctor Robbins, cuya notoriedad había traspasado ya todas las fronteras del mundo.

Inmediatamente, la doctora fue conducida al pequeño y ya famoso hospital, donde se le dio una habitación para su descanso. Una hora después, la doctora Nadja Wieliczka, que hablaba correctamente inglés, se reunía con un grupo de médicos y científicos, en un salón del hospital, luciendo un sencillo atuendo gris, que no por ello ocultaba su sinuosa y esbelta figura.

Quince hombres de indiscutible prestigio universal la rodearon. Algunos llevaban batas blancas aún. Otros vestían ropas invernales y se cubrían con gorros de piel. En su mayoría eran hombres de edad y solo el doctor Robbins, con treinta y ocho años, podía considerarse joven entre los reunidos.

Fue Robbins quien presentó a la doctora Wieliczka, diciendo, con voz engolada:

—Caballeros, esta es la visita que estábamos esperando... Tengo el honor de presentarles a la doctora en exobiología, por la Universidad de Moscú, Nadja Wieliczka.

Los hombres estrecharon la mano de la joven, admirando su figura, y luego se sentaron. Robbins había dado los nombres de todos ellos, todos conocidos en el ámbito científico mundial.

Sentándose también, Nadja comentó:

—No he examinado aún a Lon Weyburn. Pero por los datos que me han facilitado, creo saber algo de la mutación sufrida por el paciente. Frío y gérmenes exobiológicos. Igual que muchas especies animales se desarrollan en el calor, el metabolismo de Weyburn, contagiado por su agresor, ha sufrido una mutación en el frío.

— ¿Quiere usted decir que esa transformación insólita se debe a un germen procedente de otro planeta? —preguntó un grave personaje.

—Estoy más que convencida —dijo Nadja, solemnemente—. Esa enfermedad no se ha dado jamás en la Tierra. El individuo que la transmitió puede ser un ser venido de otro mundo, todavía no sabemos cómo.

«Estudien los síntomas. Pilosidad abundante y de dureza increíble. Necesitaríamos una cizalla descomunal para poderle cortar el pelo al enfermo.

—Es cierto —reconoció Robbins—. Nos ha sido imposible cortar ni un solo cabello, que, pese a su flexibilidad, es más duro que el acero.

—Luego tenemos su piel. Sigue siendo porosa, pero ha oscurecido y se ha convertido en una coraza flexible, incapaz de ser atravesada por las balas, y

mucho menos por las agujas —siguió diciendo la doctora moscovita—. Eso es en su aspecto externo. Se ha protegido, por así decir. Aunque deberíamos significar que «ha sido protegido» por la inoculación.

»Es lógico suponer que el contacto llevado a cabo por el «Monstruo del Hielo» inoculó en Lon Weyburn el germen que ha producido esa mutación.

— ¡Lon Weyburn ha dejado de ser un ser humano, para convertirse en un monstruo! —exclamó otro científico—. Y sugiero que sea tratado con procedimientos radioactivos.

—Disiento enteramente. Ante la ley, ese hombre sigue siendo Lon Weyburn —replicó Nadja—. Se trata de un caso clínico al que debemos tratar con delicadeza. Estoy segura, por razones intuitivas que la transformación metabólica no se ha llevado aún a cabo...

— ¡Encuentro inicuo el modo cómo le ha tratado el doctor Robbins! —exclamó un científico canadiense—. ¡Es inadmisible que se le haya encerrado en una auténtica celda metálica!

—Ignoraba eso —musitó Nadja, mirando a Robbins.

—Su fuerza se ha multiplicado. Es un ser anormal, de un vigor inusitado. Yo, personalmente, fui atacado por Weyburn y estuve a punto de morir a sus manos. Fue cuando descubrimos la transformación.

— ¿Está usted sometido a esterilización completa? —preguntó la doctora soviética.

—Efectivamente. Esa precaución la hemos tomado desde el principio.

—Es muy importante que los gérmenes no puedan extenderse. Necesitaré examinar el resultado de los análisis.

—Hay algo significativo en eso —habló un médico americano—. Se trata de unas enzimas contenidas en la saliva, cuya diastasa está formada por células vivas y rosadas.

—Examinaré esos análisis. Debo decirles que, hace dos años, el profesor Leminoff, trató un caso, en un lugar de Siberia que se ha mantenido secreto, de un perro esquimal atacado por una enfermedad semejante. Poseo abundante documentación del estudio realizado por el profesor Leminoff, y la similitud con este otro caso es sorprendente.

»Estoy per asegurar que las enzimas que transformaron al perro de Leminoff son las mismas que han transformado ahora al señor Weyburn.

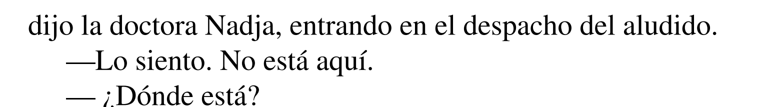
— ¿Qué solución dieron ustedes a ese perro siberiano? —preguntó un científico inglés.

—Apuradas las investigaciones, se le aniquiló con una potente descarga radioactiva —contestó Nadja Wieliczka, seriamente.

¡Y aquellas palabras suyas parecieron sonar a todos los reunidos como una sentencia de muerte para el hombre joven a quien una extraña suerte había llevado a entablar contacto con el «Monstruo de los Hielos»!

* * *

—Me gustaría hablar con la esposa de Lon Weyburn, doctor Robbins —


dijo la doctora Nadja, entrando en el despacho del aludido.

—Lo siento. No está aquí.

— ¿Dónde está?

—Se fue.

— ¿Se comprobó que no estaba atacada por el virus?

—Ella no estuvo en contacto con el «monstruo».

—Pero debió de estarlo con su esposo —insistió Nadja.

—En el tiempo que permaneció aquí, en Fort Saskeboro, no dio síntoma alguno de estar atacada.

—Las enzimas han podido permanecer aletargadas en ella. Tenga en cuenta que el calor demora su crecimiento y el frío las vigoriza. Si esa mujer ha estado siempre en lugares cálidos, el virus ha podido estar en letargo. En fin, no quiero decir que esté contaminada. Pero tuvo ocasión de contagiarse.

»Sería interesante localizarla y someterla a un análisis completo. Debe usted admitir que, al principio, no esperaba usted encontrarse con un caso como este y, por ello, no se ha prestado a esa mujer la atención debida.

Richard Robbins sentía una especial atracción por la doctora rusa, cuya seguridad y gravedad le intimidaba en parte. En más de una ocasión, viéndola trabajar en el pequeño laboratorio del hospital, el médico canadiense había estado tentado de hablarle de sus sentimientos personales.

La inmensa cantidad de ciencia que les separaba era, empero, el mayor obstáculo. Otras veces, no obstante, Robbins se decía que los sentimientos nada tenían que ver con la ciencia. Sin embargo, jamás había dicho nada a la doctora soviética.

—Esa mujer quería mucho a su esposo —observo Robbins—. Hacerla volver es injusto. Estuvo aquí casi un mes. Yo mismo le hice comprender que era necesario apartarse una temporada y no vivir aquí, siempre pendiente del continuo empeoramiento de su esposo.

—Yo le hubiese aconsejado lo mismo, doctor Robbins —replicó Nadja Wieliczka—. Mas, antes, me habría asegurado de que no estaba contagiada.

—Le repito que no mostró ningún síntoma. De todas formas, averiguaré qué ha sido de ella. En el puesto de policía lo deben saber.

—Si es necesario, yo misma iré al lugar en donde se encuentre y le haré un análisis.

—De acuerdo, doctora —dijo Robbins, molesto consigo mismo por no lograr romper la gélida corteza que envolvía a la exótica y llamativa rusa.

—Le agradeceré mucho que localice usted a esa mujer cuanto antes. Creo que, si está contagiada, podríamos intentar salvarla. Y si no lo está, nos sentiremos todos más tranquilos.

—Ahora mismo me encargaré de ese asunto.

La doctora Nadja Wieliczka salió altivamente del despacho y Richard Robbins, con un suspiro, descolgó el teléfono, diciendo:

—Mary, póngame con el capitán Frill.

—Sí, doctor Robbins.

Al cabo de un instante, una voz áspera llegó hasta el doctor.

—Sí, dígame.

—Aquí Robbins, capitán. Deseo averiguar dónde se ha dirigido la señora Weyburn. ¿Sabe usted algo de ello?

—Naturalmente. Se fue con Alan G. Shelton, de la «United Press».

— ¿No dejó dicho el lugar de su destino? —insistió Robbins.

—Sí, naturalmente. La señora Weyburn va a pasar una temporada a la finca que Shelton tiene en Madison, Wisconsin.

—Gracias, capitán. Es cuanto deseaba saber.

* * *

La doctora Nadja Wieliczka tomó un avión aquella misma tarde que la llevó en pocas horas a Montreal, donde hizo trasbordo con destino a Chicago. Por todo equipaje llevaba un maletín, con varias prendas de vestir, y una caja de plástico que contenía un microscopio y varios frascos de análisis químicos.

Hermética, encerrada en sí misma como una esfinge, Nadja apenas si se fijaba en las personas que la contemplaban a dondequiera que llegaba. Su belleza, indiscutiblemente, era llamativa. Y hasta hubo algún osado que se atrevió a molestarla con alguna inconveniencia grotesca. Sin hacer caso a nadie, la joven doctora reanudó su viaje.

En Chicago, U.S.A., un enviado de la Embajada Soviética, llamado Alexis Fedoroff, acudió a recibirla, en respuesta a un aviso cablegráfico enviado desde Fort Saskeboro. Aquel hombre, sumamente cortés, la acompañó hasta la estación del ferrocarril, y hubiese ido con ella hasta Milwaukee si Nadja no insiste en hacer el viaje sola.

Una vez en Milwaukee, la mujer de ciencia, orientada por su compatriota, tomó un autobús hasta Madison, a donde llegó al caer la tarde. En la misma terminal de autobuses, un complaciente taxista la llevó a las afueras de la población, en donde se encontraba la finca de los Shelton, que resultó ser una casa encantadora, rodeada de huertos y jardines.

Al detenerse el coche, una mujer de mediana edad salió al porche, sorprendida. El taxista, llevando el equipaje de Nadja, se acercó, diciendo:

— ¿Vive aquí la señora Shelton?

—Sí, en efecto —respondió la mujer, mirando con curiosidad a la mujer rusa.

—Lamento venir a molestarle —intervino Nadja, acercándose—. En realidad, busco a la señora Weyburn.

— ¡La señora Weyburn no recibe a nadie! Lo siento —contestó la mujer, con acritud.

—Vengo de Fort Saskeboro, en Canadá. Si está aquí, tendrá que recibirme. Soy doctora en exobiolología por la Universidad de Moscú.

— ¿Eh? Creí que era usted periodista...

Detrás de la mujer, en la puerta principal, apareció una señora de unos cincuenta años, muy bien conservada y digna, que preguntó:

— ¿Qué sucede, Molly?

—Preguntan por la señora Weyburn.

—Soy Hellen Shelton. La señora Weyburn es mi huésped y no desea ser molestada.

—Comprendo. Sin embargo, he realizado un largo viaje para ver a esa señora. He estado estudiando a su marido en el hospital de Fort Saskeboro. Necesito efectuar un análisis científico a esa señora.

La madre de Alan G. Shelton pareció dudar unos instantes. Luego, dijo:

—Será mejor que hable usted primero con mi hijo. Casualmente, se encuentra aquí ahora.

—Gracias, señora Shelton.

—Deje eso ahí —añadió la señora Shelton, indicando al taxista—. Usted, acompáñeme.

Nadja entró en un amplio vestíbulo, amueblado con gusto, donde se le ofreció un asiento. La señora Shelton le rogó que esperase unos instantes y desapareció por una puerta que debía dar al jardín posterior, por donde no tardó en regresar acompañada de su hijo, el cual vestía ahora unos pantalones grises y una camisa de cuadros.

Alan G. Shelton se sorprendió al encontrarse con Nadja, a la que saludó cortésmente, admirado de su singular belleza.

—Dice mi madre que viene usted a ver a la señora Weyburn, ¿no es así?

—Efectivamente. Necesito averiguar si esa señora se contagió con el virus que ha atacado a su esposo.

—Marie no muestra ningún síntoma de... —dijo Alan, sorprendido.

—Puede no mostrar síntomas y estar inoculada. Eso soy yo quien debe decirlo.

Alan miró a su madre. Luego se volvió a Nadja, preguntando:

— ¿Necesitará usted mucho tiempo para llevar ese análisis?

—Habré de efectuar tres pruebas. He traído todo lo necesario. Pero... Temo molestarles. Serán necesario, como mínimo, tres días. Es preciso administrarle tres reactivos distintos y esperar los resultados.

—Bien. Permítame invitarla a quedarse aquí el tiempo que necesite. Será usted una huésped más. Mamá, por favor, di a Molly que instale a la doctora...

—Nadja Wieliczka.

—Gracias. Soy Alan G. Shelton.

—He oído hablar de usted. Un célebre periodista. Incluso en Rusia se le conoce.

Alan sonrió.

—Se expresa usted en correcto inglés.

—Estudié esta lengua durante cuatro años. Lo necesitaba para mis estudios.

—Bien. Considérese como en su casa... ¿Quiere conocer a la señora Weyburn? Está en el invernadero, descansando. Yo, naturalmente, no entiendo de virus. Pero Marie no presenta ningún síntoma alarmante. Está

fatigada, triste y algo obsesionada. Le ruego que la trate con tacto.

—No se preocupe, señor Shelton. Me hago cargo.

Mientras la ama de llaves se encargaba del equipaje de Nadja, esta, Alan y su madre se dirigieron al invernadero, donde se encontraba Marie Weyburn sentada en una silla extensible, entre preciosas flores.

Instintivamente, Marie sintió una especie de aprehensión al ver por vez primera a Nadja. Y la presentación que hizo Alan la hizo prorrumpir en llanto.

— ¿Cómo... cómo está Lonny?

—Me interesa más saber cómo está usted, señora —respondió Nadja, sonriendo—. No debe temer nada. Quizá podamos sanar a su esposo todavía. Estoy dedicada enteramente a ese trabajo. Por eso he venido. Existe el temor de que su esposo pudiera haberla contagiado a usted.

—No... ¡Eso no es posible! —balbuceó Marie.

CAPÍTULO IV

El ser en que se había convertido Lon Weyburn se encontraba encerrado en una celda, enteramente rodeada de barrotes, como una jaula de recias barras de hierro, separadas entre sí por unos diez centímetros. Había una puerta, de sólida cerradura y luego una cabina de cristal, donde se situaban los hombres de ciencia para examinar al «enfermo».

Lon no podía alcanzar la cabina de cristal, que estaba encajada en la puerta de acceso. Había la suficiente ventilación, tanto en la cabina como en la celda.

El alimento le era administrado a Lon a través de un recuadro, colocado junto a la verja de hierro. Él se encargaba de tomarlo cuando tenía hambre.

Richard Robbins tenía la llave de entrada y por esto era el que más visitaba al singular enfermo.

Cuando Nadja Wieliczka se marchó a los Estados Unidos, Robbins fue a ver a Lon. Entró en la cabina y descorrió la mirilla transparente, en la que había una serie de agujeros.

Lon estaba sentado en un rincón y ofrecía un aspecto salvaje, aunque llevaba pantalones y camisa. El vello negro que lo cubría le daba un aspecto simiesco. Las facciones, sin embargo, seguían siendo las mismas, aunque el pelo le daba un horrible aspecto.

—Weyburn, ¿cómo se encuentra?

Lon miró a Robbins con ojos brillantes, en donde quedaban pocos vestigios de humanidad.

Un rugido infrahumano surgió de su garganta.

Era sorprendente que en él no quedase ya ni siquiera el don de la palabra. Un hombre culto, inteligente y razonable se había transformado prácticamente en un animal salvaje.

—Debe hacer un esfuerzo por hablar, Lon Weyburn. Usted no es un monstruo, sino un hombre. ¿No puede entenderme?

Lon se levantó de un salto, acercándose a la reja y engarfiándose en ella, como un orangután. Un nuevo rugido brotó de su garganta. Robbins sintió miedo, retrocediendo un paso.

—Cálmese, Weyburn. Tiene usted que ayudarnos a curarle... Su enfermedad es espantosa, pero ha sido usted un ser humano hasta ahora y no debemos destruirle como al perro de Leminoff.

— ¡Grrr! ¡«Euki-ictero-koe»! —pronunció el «monstruo».

¡Era la primera vez que Lon pronunciaba aquellas extrañas e incomprensibles palabras, que dejaron estupefacto a Robbins!

— ¿Qué ha dicho? —preguntó, sorprendidísimo.

Lon no contestó, sino que emitió un rugido que hizo retroceder a Robbins, a la vez que tensaba los músculos y tiraba violentamente de los barrotes, haciéndolos ceder levemente.

Temeroso de que la descomunal fuerza de Weyburn pudiera romper los barrotes, Robbins se apresuró a salir de la cabina, cerrando la puerta apresuradamente y dirigiéndose al laboratorio en donde estaban varios de los hombres de ciencia llegados para estudiar al «Monstruo del Hielo».

—Profesor Stewart —habló Robbins—, temo que el paciente pueda romper los barrotes. Ruge de un modo espantoso... ¡Y ha hablado en una lengua extraña!

— ¿Qué dice usted?

—Hemos de colocar un magnetofón cerca de él, para si repite sus palabras poder captarlas.

— ¡Eso es increíble! —exclamó el profesor Stewart, perplejo—. ¿Significa eso que la enfermedad le ha convertido en otro ser completamente distinto?

—No sé lo que significa. Pero estoy seguro de haberle oído decir algo así como «Euki-ictero-koe». Naturalmente, no estoy seguro de ello. Pero deberíamos reforzar la jaula y estudiarle más de cerca.

—Será conveniente que esté vigilado constantemente, aunque tengo la impresión de que nuestra presencia le exalta y enfurece —dijo otro hombre de ciencia.

Se acordó, entonces, repartir el tiempo entre todos los científicos, a fin de vigilar al «paciente» durante una hora y media cada uno. También se colocó un magnetófono, funcionando, para captar las palabras que pudiera pronunciar Weyburn.

Y un equipo de cerrajeros procedió a colocar una nueva reja, en torno a la primera, de barrotes mucho más sólidos. Durante este trabajo, los hombres encargados de realizarlo hubieron de estar acompañados por hombres de la

policía montada que iban provistos de armas pesadas, una gruesa red metálica y recias cadenas, por temor de que el «monstruo» pudiera escapar.

Sin embargo, Weyburn se limitó a observar con curiosidad los movimientos que se realizaban en su alrededor, lanzando, de vez en cuando, algún gruñido.

Cuando se terminó el trabajo, un científico se quedó de vigilancia.

Al poco rato de estar solo, el hombre intentó entablar conversación con Weyburn, al que dijo a través de la mirilla de su cabina transparente:

—Debe quedar en usted algún vestigio racional, Weyburn. Su transformación no ha podido ser total. Usted es Lon Weyburn, piloto de la «Canadian Air World».

El aludido no replicó. Ni siquiera se movió.

—Estaba usted recién casado, Weyburn. ¿No recuerda a su esposa? Escuche. Si no puede hablar, pero me entiende, mueva la cabeza afirmativa o negativamente cuando le pregunte... ¿Sabe quién es usted?

— ¡«Euki»! —respondió Weyburn, con voz gutural.

— ¿Qué quiere decir «Euki»?

Lon rugió y se levantó, avanzando hacia la reja y engaritándose en los barrotes. Rugió de modo bestial y tiró con fuerza descomunal, hasta romper el barrote de la derecha, pese al soporte horizontal que lo sujetaba.

El científico se alarmó ante aquel alarde de fuerza y estuvo a punto de abandonar su guardia. Por fortuna, la nueva reja que habían puesto en torno al «monstruo» prisionero era mucho más sólida.

— ¡Cálmese, Weyburn! Usted es una persona como yo un hombre. Intente comprender eso, esfuércese. Es usted quien debe ayudarse a sí mismo. Debe de existir algún modo para salvarle.

Después del esfuerzo hecho para romper el barrote del modo como lo hizo, Weyburn se quedó jadeante, medio encogido, mirando al otro con ojos brillantes y boca entreabierta.

En aquel instante llegó Richard Robbins.

— ¿Qué ocurre? —preguntó.

— ¡Ha roto el barrote como si fuera una caña!

—Le he oído rugir.

—Sí, y ha dicho algo parecido a «Euki».

* * *

Al día siguiente, el grupo de hombres de ciencia se reunió por enésima vez. Robbins convocó la reunión a fin de exponer una teoría que se le había ocurrido. Sus colegas le escucharon con sumo interés.

—Weyburn ha adquirido una personalidad distinta —empezó diciendo Robbins—. Ni en lo externo, y menos en lo intelectual, es el Lon Weyburn que era antes. Creo que la fase de transformación ha sido completa. Conversando anoche con el doctor Stewart, llegamos a la conclusión de que el paciente ha terminado su metamorfosis. Ahora nos encontramos con un

individuo, de especie desconocida, cuyo origen es el de un hombre y al que un virus extraño ha transformado en un ser irracional, de fuerza increíble e instintos bestiales.

«Indiscutiblemente, ese sujeto es un peligro para la Humanidad. Suelto, como parecen existir otros, aunque el coronel Cameron no haya encontrado su refugio, nos puede atacar y contagiar. Ignoramos cómo se puede transmitir el germen de la degeneración...

— ¿Está usted seguro de que ese sujeto ha degenerado, doctor Robbins? — preguntó un biólogo canadiense, llamado Greet.

Robbins pareció sorprenderse.

— ¿No es una degeneración lo que ha ocurrido con Weyburn?

—En su aspecto externo, eso parece. Pero, en su aspecto físico, permítame decirle que yo soy incapaz de romper los barrotes de la celda, como él lo ha hecho.

—Un orangután tiene más fuerza que un hombre, y es un animal irracional, doctor Greet.

—No estoy de acuerdo con esa teoría. Ese sujeto ha sufrido una mutación producida por el contagio de un virus que ha hecho, de un hombre, una nueva especie, a la cual no podemos llamar animal.

»La Humanidad —continuó diciendo Greet, seriamente— apenas ha evolucionado en su aspecto físico. Sin embargo, existen vestigios antropológicos que nos hacen suponer que en épocas antiguas, durante los períodos glaciales, existían seres semejantes al que ahora tenemos en esa doble jaula.

»¿No puede por tanto, creerse que algo, de algún modo, ha afectado o contagiado a unos seres, transformándolos, a fin de conservar la especie, en una época glacial que puede estar próxima? La naturaleza actúa de un modo misterioso. Sus designios no han sido descubiertos jamás...

— ¡Basta, doctor Greet! —exclamó Richard Robbins, con marcada intención—. Estamos hablando en serio.

Greet recibió este insulto enrojeciendo hasta la raíz del cabello. Su reacción inmediata fue la de levantarse y abandonar la reunión.

—No nos hemos reunido aquí para escuchar los disparates del doctor Greet —dijo entonces Robbins, esforzándose por sonreír—. El caso que nos ocupa es más importante que esas insensatas teorías. ¿Cómo se ha producido la transformación? ¿Por qué? Solo sabemos el tiempo en que ha durado: veintiocho días. El tiempo que tarda la Luna en efectuar una rotación completa en torno a nosotros.

»Más preguntas que hemos de responder. ¿Cuántos monstruos de esos existen? ¿Existe el peligro de una propagación del virus, con lo que aumentaría el número de la especie nueva? ¿Es calor, frío o un simple virus lo que propaga la enfermedad?

»Otra pregunta. ¿Cómo defendernos de los «Monstruos del Hielo»?

—Si las balas no les hacen daño, se habría de pensar en algún

procedimiento atómico o radiactivo —sugirió el profesor Stewart.

— ¿Han imaginado ustedes lo que ocurriría si Lon Weyburn logra escapar de su encierro y transmitir a uno de nosotros su virus contagioso? —inquirió otro científico.

—Sin duda alguna, nos convertiríamos en lo que él es ahora —dijo Robbins—. Y esa perspectiva no es nada agradable. De todas formas, el gobierno quiere un informe de lo que hemos averiguado y debemos hacerlo. Se reclama en las Naciones Unidas una información verídica y fidedigna del caso. Es nuestro deber incluir en ella el modo que sugerimos para destruir cualquiera de esos monstruos, en caso de un ataque.

—Estoy seguro de que un proyectil de cincuenta milímetros destruiría a ese monstruo —dijo Stewart—. Y deberíamos sacrificar a Weyburn, para demostrar que es posible acabar con él. Si el coronel Francis Cameron encuentra al «monstruo» que contagió a Weyburn, ha de disponer de algún arma adecuada para ser utilizada.

—Sugiero que no se haga nada hasta que la doctora Wieliczka regrese de Madison —dijo un doctor americano—. Confío mucho en esa mujer y pienso que los rusos hubieron de emplear energía atómica para destruir el perro de Leminoff.

—La vida de Weyburn no nos proporcionará ninguna utilidad. En cambio, su destrucción y muerte puede sernos muy útil —insistió Robbins—. En nuestras manos está la suerte de ese individuo. ¿Qué es lo que decidimos?

Hubo un silencio general en la reunión, que fue roto por el científico americano, al decir:

—Sugiero que demoremos cualquier decisión hasta que haya vuelto la doctora Wieliczka.

—Nada perdemos con avisarla y pedirle que nos dé su opinión —añadió otro.

—Está bien. Enviaré un telegrama a la doctora Wieliczka —decidió Robbins—. Nos reuniremos de nuevo mañana para estudiar su respuesta. Pero considero de urgente necesidad el responder al Gobierno e informar a las Naciones Unidas.

«Caballeros, con el permiso de todos, y si no hay nada más que objetar, levantamos la sesión.

Nadie respondió y todos se pusieron en pie.

* * *

Nadja Wieliczka estaba realizando su segundo análisis con el esputo y la sangre de Marie Weyburn, en la habitación que le habían destinado, cuando Alan G. Shelton llamó a la puerta.

—Adelante —respondió la doctora, sin levantar la vista del objetivo del microscopio.

Alan entró con un telegrama cerrado, en la mano.

—Acaban de traer esto para usted, doctora Wieliczka —dijo—. Viene de

Fort Saskeboro, Canadá.

— ¡Algo ha debido de ocurrir! ¡Léamelo, por favor, señor Shelton!

Alan desdobló el telegrama, mientras decía:

—Mañana tengo que marchar. Mis jefes me exigen que vuelva al trabajo. La dejaré a usted sola aquí... Dice así. «Gobierno canadiense y Naciones Unidas exigen informe Lon Weyburn. Interesa conocer opinión usted sobre ensayo aniquilamiento enfermo...» ¡Demonios! —exclamó Alan, al llegar a este punto del cablegrama—. ¡No pueden hacer eso! ¡No debe usted permitirlo!

Nadja se levantó y miró fijamente a su anfitrión. Su hermoso semblante era impenetrable al decir:

—Siga leyendo o démelo, por favor.

—«Es preciso facilitar coronel Cameron medios para exterminar peligro «Monstruo del Hielo» caso de ser localizado próxima y más amplia expedición al norte. Firmado, Robbins» —terminó de leer Alan G. Shelton, con voz visiblemente alterada.

—Es inevitable que eso ocurra —musitó Nadja— En realidad, Lon Weyburn se ha convertido en un monstruo peligroso para la humanidad.

— ¡Y le piden su parecer!

Nadja se mordió los labios.

—Sí, eso es lo que me piden. ¿Qué puedo contestarles?

—Niéguese rotundamente.

—He observado que siente usted una especial predilección por Marie Weyburn, señor Shelton.

—Compadezco profundamente a Marie. Su caso es extraordinario.

— ¿Es solo por compasión que la ha traído usted a su casa? —insistió Nadja.

—Sí, solo por eso.

—Es una mujer muy linda. Se me ocurrió pensar que podía estar usted enamorado de ella —agregó la científica rusa, sin inflexión en la voz.

Alan bajó la mirada.

—Confieso que me gusta. Pero está casada y no debo...

— ¡Casada con un ser que ha dejado de ser humano, señor Shelton! —añadió Nadja, severamente—. Si Lon Weyburn muriera, Marie quedaría viuda.

— ¡No tiene usted derecho a pensar que he obrado instigado por ese deseo! —protestó Alan, nerviosamente.

—Creo que es usted un caballero, señor Shelton. Era solo una sugerencia. No sé lo que hará la comisión, pero me piden parecer acerca de la suerte que debe correr Lon Weyburn. Y es singular que si yo estimo o aconsejo la destrucción de ese infeliz, usted podía casarse con Marie Weyburn. ¿Qué aconsejaría usted a la comisión en mi caso?

— ¡Que deben apurar todos los recursos antes de aniquilar a ese hombre! ¡Para mí, Weyburn es un enfermo, por rara que sea su enfermedad! ¡Es un

hombre y no debe ser ejecutado por ningún concepto!

—Muy desinteresados sentimientos, señor Shelton. Eso le honra en grado sumo. Sin embargo, hay algo más... ¡Y más grave!

— ¿De qué se trata? ¿Ha encontrado usted algo en el análisis de Marie?

—No, todavía no. Pero puedo encontrarlo de un momento a otro... ¿Y si Marie estuviese contagiada, como su esposo, y este clima benigno mantuviese en letargo el virus, pero con el peligro de reproducirse al llegar el invierno?

— ¿Puede ser eso?

—Es posible. El profesor Leminoff creía que las temperaturas inferiores a diez grados bajo cero desarrollan el virus rosado, produciendo la transformación inmediata del ser afectado.

— ¡Sería horrible! Pero no, ¡es imposible! Si Marie hubiese sido contagiada por su esposo, durante el tiempo que ha permanecido en Fort Saskeboro, el germen la habría atacado.

—Ese es el motivo de mi presencia aquí, señor Shelton —explicó Nadja—. Pensé que Marie pudo estar protegida del frío, sea con ropas de abrigo o en estancias calientes.

»La estoy analizando meticulosamente. La primera prueba ha dado resultado negativo. La segunda todavía no lo sé. La tercera, que realizaré mañana, es la más severa. Si resultan también negativas, Marie Weyburn podrá hacer una vida normal.

— ¿Y si encuentra usted...?

Alan no pudo terminar la frase, sobrecogido por su propio pensamiento. Y Nadja Wieliczka tardó unos segundos en responder.

—Si está contagiada, Será preciso mantenerla en lugares cálidos, pero bajo estrecha vigilancia... ¡Y se la aislará severamente! Por favor, señor Shelton, le ruego que no forje usted proyectos sentimentales con ella. Yo podría encontrar algo y...

—Gracias, doctora —musitó Alan, sonriendo ahora—. Creo que esperaré aquí hasta que haya terminado usted su análisis. Para contentar a mis jefes, una crónica directa de lo que está usted realizando en mi propia casa acallaría sus apetencias informativas. ¿Me autoriza usted a enviar una crónica?

—Sí, puede hacerlo. Gracias a usted y a su hospitalidad puedo realizar mi trabajo. En cuanto a ese telegrama, si tiene usted la bondad de enviar mi respuesta, se lo agradeceré.

—Con mucho gusto. Lo haré inmediatamente. ¿Qué quiere que le diga al doctor Robbins?

—«No estoy de acuerdo con la destrucción de Weyburn. Les ruego que esperen mi regreso a Fort Saskeboro. Creo poder estar ahí antes de tres días.»

—Gracias, doctora Wieliczka. Creo que es usted más humana de lo que supuse en principio.

—La ciencia no está reñida con la humanidad. Yo también soy mujer, señor Shelton.

—Y muy bella, por cierto —replicó Alan, sin intención.

Nadja se volvió rápidamente, sentándose ante su mesa de trabajo. Alan abandonó entonces la habitación, y al quedar sola, la joven doctora suspiró. No había sabido controlar sus sentimientos. Alan G. Shelton ejercía sobre ella una fascinante atracción. Anteriormente, absorta siempre en sus estudios y su trabajo de investigación, Nadja jamás se detuvo a considerar que era joven, mujer y hermosa. En la Universidad y en los laboratorios, sus compañeros de estudios la habían tratado como a una compañera. Quizás alguien la mirase en alguna ocasión como mujer, pero ella no se había dado cuenta jamás.

Y ahora, lejos de su país, en un mundo nuevo, moderno y democrático, Nadja sentía algo jamás sentido. Había visto a Alan paseando por el jardín con Marie y algo así como leves punzadas de celos la asaltaron.

Olvidó el trabajo que estaba realizando para pensar en Alan. Un hombre dinámico, apuesto, gallardo y sentimental. Había leído algunas de sus crónicas, condensadas en un libro que él le prestase la víspera, antes de irse a dormir. Y su estilo penetrante, humano y conmovedor la cautivó.

Alan G. Shelton se había hecho famoso en Vietnam del Sur, donde sus primeras crónicas causaron fuerte impacto en los lectores de todo el mundo. Luego, asegurada su carrera, se había dedicado a viajar de un lado a otro, siempre en busca de la noticia sensacional, emotiva y humana.

Nadja se dijo que estaba empezando a enamorarse.

Y deseó, en contra de sus propios sentimientos, que el trabajo que estaba realizando resultase positivo.

¡Hasta llegó a pensar en falsear su informe!

«Sí —se dijo, entre dientes—. Tengo las pruebas de Lon Weyburn en los frascos... Puedo demostrar que Marie está contagiada... ¡Y hasta puedo inocularle el virus!»

»Esa sería una solución para ella, por muy vil que sea mi actitud. Así podría reunirse con su esposo... ¡Y Alan tendría que olvidarla!

Pese a estos pensamientos, Nadja no se atrevió a llevarlos a cabo. ¡Aquello era criminal, abominable!

Era preciso olvidar a Alan. Pero... ¿lograría hacerlo?

Furiosamente, para evadirse de sus pensamientos, se dedicó con ahínco a su trabajo.

CAPÍTULO V

— ¡«Euki-tao-tiak-kit-daki-odaro!» —repitió la extraña voz impresa en el magnetófono, cuando Richard Robbins puso en marcha la cinta grabada a la jaula del «monstruo» prisionero.

Todos los hombres de ciencia que estaban reunidos allí presintieron indistintamente como si alguien les estuviese hablando procedente de otro planeta.

—Hay más palabras de estas —informó Robbins—. Parece como si Lon Weyburn quisiera decirnos algo con su nuevo lenguaje.

—Esta grabación habría de ser estudiada por prestigiosos filólogos.

—Estoy seguro de que no corresponde a ningún lenguaje conocido —replicó Robbins al científico que había expresado aquella sugerencia—. Quizás carezca de sentido. Es lo más probable.

— ¿Y no puede ser que Weyburn, con su nueva personalidad, haya adquirido también la mente y la lengua de algún ser procedentes de otro mundo? —insistió el otro.

—Lon Weyburn ha nacido aquí.

— ¡Pero se ha transformado, gracias a su contacto con el «Monstruo del Hielo»! Ya es otro ser distinto, y su lengua también es distinta.

Robbins miró a su interlocutor. Los demás callaban y escuchaban.

—Hable, señor Buggs. Siga con su teoría. ¿Qué ha podido modificar tan notablemente a Weyburn?

—Se me ha ocurrido pensar que, por algún medio desconocido hasta ahora, en nave, meteoro o por atracción gravitacional, «algo» viviente ha podido llegar a nuestro planeta, contagiando a cualquier infeliz esquimal, perro o reno. Ese algo ha podido transmitirse, como ocurrió con el perro de Leminoff, del que nos habló la doctora Wieliczka. En los animales puede producir una mutación distinta a la de los hombres. El caso de Lon Weyburn es significativo.

«Sabemos que habla un lenguaje desconocido. Si cualquiera de nosotros se convirtiera en lo que es Weyburn, podría entenderse con él fácilmente.

Robbins sonrió.

—Un lenguaje extraterrestre, ¡qué absurdo! Yo más bien me inclino a creer que en la distorsión mental de Weyburn, intenta hablarnos y desorganiza sus

palabras, pronuncia incoherencias sin sentido. Es como si estuviésemos oyendo los maullidos de un gato o los ladridos de un perro.

— ¿Y está usted seguro de que los perros o los gatos no se hablan entre sí? Parece creerse que todas las especies animales poseen un lenguaje rudimentario, con el que pueden entenderse. Para entender a un perro nos tendríamos que convertir en perros —terminó diciendo el doctor Buggs.

—Muy gráfica su disertación, doctor Buggs. Pero enteramente inadmisible.

—¿Y si Weyburn hubiese sufrido una mutación invertida, que significase algo así como volver a los primeros tiempos de la humanidad, donde el lenguaje podía ser breve, silábico, y los sonidos tuviesen un sentido estrictamente primario?

—Un retroceso mental... ¿Quién sabe?

—De todo lo que se ha hablado aquí acabo de deducir una cosa —dijo el doctor Stewart—. A nadie se le ha ocurrido meter un animal en la jaula, con Weyburn. ¿Qué ocurriría?

Esta salida de Stewart les dejó a todos confusos.

— ¿Cree que contagiaría Weyburn a un perro esquimal?

—Estoy casi seguro, si es que no lo destroza.

— ¿Y sería interesante poder estudiar a ese animal? —dijo otro.

—Interesante y peligroso, sin duda. Un perro puede escapar de la jaula.

—Tomaremos precauciones para que no ocurra —dijo Robbins, a quien empezó a gustar la idea—. Vayamos a ponerla en práctica.

Todos los científicos se dirigieron inmediatamente a la jaula en donde estaba encerrado Lon Weyburn. El doctor Greet se encontraba allí de guardia, junto a un policía montado que llevaba en las manos un grueso rifle, capaz de disparar granadas explosivas.

El «monstruo» estaba sentado en un rincón, como adormecido.

— ¿Ha hablado algo más? —preguntó Robbins.

—Sí, todo está grabado ahí. Y es curioso que pronuncia siempre la palabra «Euki» al principio de cada frase. Cuando dice »Euki» se señala a sí mismo. Hay otra palabra que repite con frecuencia. Se trata de «Koe», y me ha sorprendido verle mirar hacia arriba.

Robbins rebobinó la cinta grabadora y reprodujo todo cuanto había dicho Weyburn. Efectivamente, Greet tenía razón. Las palabras «Euki», «Koe» y «Daki» se repetían con frecuencia.

—Habremos de remitir copia de esto al Instituto Criptográfico —propuso alguien—. Quizás allí encuentren algún sentido.

Robbins se acercó a la mirilla y gritó:

— ¡Euki!

Lon Weyburn emitió un rugido y se levantó de un salto, acercándose a la reja semidestruida que tenía primero, en donde se engarfió, con ojos brillantes.

— ¡«Dan-euki-lo-daki! —gritó de modo estentóreo, para luego añadir otra serie de monos y bisílabas sorprendentes, que nada significaban para sus oyentes.

—Está diciéndonos algo —dijo Stewart.

—Sí, quizás nos insulta. Si supiéramos lo que pretende decir.

— ¡Euki-ab-Marie! —dijo ahora Weyburn, claramente.

— ¡Ha pronunciado el nombre de su esposa! —exclamó el doctor Robbins, atónito.

Lon estaba haciendo gestos extraños y repitiendo.

— ¡Euki-ab-udos!

—Euki significa él —exclamó Greet —. Ahora estoy seguro de lo que dice. Habla de sí mismo, señalándose torpemente. Y dice «euki». Ese nombre seguido de «ab», que puede significar una conjunción copulativa. «Euki-ab-Marie», ha de significar «Yo y Marie».

—Eso significa que recuerda a su esposa —observó alguien.

—Posiblemente. Pero es lógico suponer que intenta hacemos comprender algo. Dejémosle seguir hablando.

Lon estaba repitiendo nuevas palabras. Todas eran raras, pero debían de significar algo. Estaba engarbado en las rejas, alargaba una mano y hacía extraños gestos. La frase: «Euki-ictero-koe» fue repetidas varias veces. También dijo:

—«Udus-ictero-Tak... Udus-ictero-Euki».

—Presten atención a esa insistente repetición que considero muy significativa —observó el doctor Greet—. La palabra «ictero» uno dos palabras distintas, y una de ellas se refiere a él, o sea «Euki». No nos señala a nosotros cuando dice «udos», pero creo que el gesto debe de indicarlo.

— ¡Estamos locos! —exclamó Richard Robbins—. Por un momento hemos creído que ese animal posee un lenguaje e intenta comunicarse con nosotros... ¡Por favor, señores, esto es mucho más serio!

—Me parece que no es usted el más indicado para opinar aquí, doctor Robbins —replicó Greet, que guardaba al otro el insulto de la víspera—. Ni tampoco el más experto, aunque este sea su hospital.

— ¡Puedo hacerle expulsar de aquí, doctor Greet!

—No será sin consultar con su gobierno, al que puedo hacer un amplio informe acerca de su patente incompetencia.

— ¡Por favor, señores! —medió el doctor Stewart—.Creo que este no es el momento más oportuno para discutir. Doctor Robbins, será mejor que vaya usted en busca de un perro, para serle introducido a Weyburn en su jaula. Es interesante que realicemos esa experiencia.

Sin replicar, Robbins abandonó la cabina.

* * *

Diez horas empleó Peter Greet en redactar la siguiente lista:

«Euki»	significa	yo
«Koe»	“	algo situado fuera de aquí
«Daki»	“	hombres o seres
«Ab»	“	y

«Udus»	“	vosotros
«Ictero»	“	venir
«Dak»	“	estar
«Lao»	“	deber, obligar
«Kit»	“	frío o hielo
«Lo»	“	no
«Dan»	“	el (artículo determinativo)

Seguían una veintena de nombres más, que Greet había recogido de la grabación, mezclándolos de forma que pudieran tener algún sentido lógico, puesto que el propio Weyburn intentó enseñarles su lenguaje.

Por esta razón, Greet llegó a comprender muchas de las frases que Weyburn había repetido frecuentemente y que habían quedado grabadas en la cinta. Por ejemplo, una frase que Lon repitió muchas veces, fue: «Euki-tao-dak-kit-daki-odaros». Y esto significaba: «Yo-debo-estar-frío-hombres-ocultos».

El sentido perfecto estaba claro. Lon exigía, pedía o intentaba hacer comprender que debía ir a donde estaban otros hombres ocultos en el hielo o en el frío.

Aquella misma noche, Greet convocó a todos los científicos para darles a conocer lo que había descubierto, y que podía ser la clave de cuanto intentaban averiguar.

A la reunión acudieron todos, incluso el comandante del puesto, capitán Frill. Robbins dio lectura al cablegrama de la doctora Wieliczka, en la que informaba su llegada para dentro de tres días y les suplicaba que no hiciesen nada hasta su regreso.

Luego, Peter Greet, sobre una pizarra colocada al efecto, y ante un magnetófono en donde estaban grabadas las voces de Weyburn, procedió a explicar su sorprendente teoría.

Todos le escucharon con sumo interés. Y su demostración final fue coreada con grandes aplausos. Incluso Robbins se vio obligado a aplaudir, aunque se mordió los labios con rabia.

—Está claro que «euki» se refiere a él, como ser nuevo o como refiriéndose a ellos. De lo contrario, diría Lon. Ya no es Lon, sin embargo, y él lo sabe. No cita el hombre, pero sí el de su esposa. Marie nos dio la clave.

»Oigan esta frase significativa. Dice: «Udus-ictero-Tak», que significa, «vosotros-venir-Tak». Este «Tak» sospecho que debe referirse a nuestro mundo, a la Tierra. Cuando dijo «Udus-ictero-Euki» comprendí el significado, o sea, «nosotros venir, a él, a Euki». ¿Se dan cuenta?

»No posee un lenguaje muy extenso. Y los gestos con que expresa no corresponden a las ideas que pretende comunicarnos. Pero, sin duda, estamos en condiciones de entenderle, aunque no sin esfuerzo.

— ¿Está usted en condiciones de conversar con él, doctor Greet? —preguntó el doctor Stewart.

—Creo que sí.

—Bien. Vayamos a ver a Lon. Emplee usted su diccionario y veamos que es lo que puede decirnos en claro.

—Perfectamente. Les ruego que pasemos a la cabina.

El grupo de hombres de ciencia se levantó y en silencio se trasladaron a la cabina transparente, desde donde pudieron ver a Lon Weyburn, sentado en un rincón, con el perro esquimal que le habían puesto en la celda acurrucado entre sus piernas. Para que el animal no pudiera escaparse entre los barrotes, toda la parte delantera de la celda estaba cubierta y protegida por una fuerte plancha de plástico transparente, en donde se habían practicado un centenar de agujeros.

Lon Weyburn, al ver aparecer a los médicos y científicos dejó al perro y se levantó, emitiendo un rugido. Se acercó a la reja y gritó:

—«Udus-ictero-Euki-ab-Euki-lo-lao-udus!»

Greet tradujo aquellas palabras, diciendo:

—Dice que él no puede ir con nosotros como nosotros no podemos ir a él.

— ¡Es increíble! —exclamó alguien.

—Silencio —rogó el doctor Stewart—. Intente preguntarle cosas, Greet.

Entonces Greet se enfrascó en una lenta conversación con Weyburn, en donde salieron a relucir palabras nuevas y sin aparente sentido, que Greet anotaba en un bloc, intentando hilvanar las frases. De vez en cuando, al descubrir algún significado nuevo, decía:

—Afirma que debemos dejarle ir. No daño... No nos hará daño, supongo. Pero debe ir al frío, o sea al hielo, a reunirse con los otros.

—Indiscutiblemente, no le dejaremos salir —objetó Robbins.

—Cállese, por favor —rogó Greet, quien continuó hablando con Lon Weyburn y haciendo anotaciones.

Al cabo de una hora, entre las notas tomadas, las deducciones hechas y las aclaraciones que obtuvo de Weyburn, Greet pudo obtener un relato coherente, que venía a ser algo semejante a esto.

—Yo venir de Koe a Tak dentro de pequeños óvulos. No ser uno, sino varios «eukis», que el frío nos conserva y nos reproduce. Nuestro organismo se apodera de seres vivos, ocupando sus cuerpos y convirtiéndolos en óvulos grandes, muy protegidos, de gran poder y fuerza. «Eukis» haber estudiado al hombre de Tak, en el que ha penetrado y sometido. Vosotros ser débiles y nosotros fuertes e indestructibles, por lo tanto os someteremos, porque nuestros pequeños óvulos rosados os someten pronto.

»Os hemos de dominar como hemos dominado a otros seres de la naturaleza. Somos la fuerza y el poder. Utilizaremos vuestra ciencia y transformaremos este mundo... No podéis destruirnos con nada, porque, aunque utilicéis la potente fuerza del fuego que calcina todo, solo conseguiréis destruiros a vosotros mismos. Los pequeños óvulos rosados siguen vivos y no necesitan alimentación. Cuando pase la reacción del fuego y vuelvan otros seres, los óvulos rosados revivirán y volverán a ser dueños de Tak.

»No podréis eliminarnos nunca. Tak será pronto un gran mundo helado. Nosotros dilatamos el frío y lo extendemos lentamente por la superficie de Tak.

Terminaremos cubriéndolo todo y nadie podrá expulsarnos jamás de aquí. Los pequeños óvulos de Koe serán dueños de Tak y de otros mundos.

A medida que Greet iba traduciendo las palabras del «monstruo», el miedo paralizaba, por así decir, los corazones de todos los científicos allí reunidos.

Una amenaza mortal se cernía ya sobre toda la humanidad.

* * *

Alan G. Shelton había intentado, por todos los medios, distraer a Marie Weyburn, procurando no mencionarle su tragedia ni siquiera el nombre de su esposo. A este fin, dedicaba su tiempo haciendo compañía a Marie y procuraba distraerla. Había llegado a hacerla sonreír.

Aquella tarde, mientras paseaban detrás de la casa, bajo los manzanos, y después de haber sido sometida Marie a la tercera y decisiva prueba, ella no pudo por menos que evocar su triste situación.

—No soy casada, ni soltera, ni viuda, Alan —dijo Marie, de pronto—. Ni siquiera sé si Lon sanará o morirá. Esa es mi terrible angustia.

Alan la tomó de los hombros, mirándola fijamente a los ojos.

—No se martirice, Marie. Piense en que Dios le dará una solución, tarde o temprano. Y pase lo que pase, piense que siempre estaré a su lado para ayudarla.

—Gracias, Alan. Tanto usted como su madre se han portado muy bien conmigo. Les estoy inmensamente reconocidos. Sin embargo, creo que no debo seguir abusando de su amable hospitalidad.

— ¡Qué tonterías más agradables dice usted, Marie! Ni abusa ni mucho menos. Si quiere que le diga la verdad, me gusta usted, Marie. Si su esposo muere o no se recupera, me gustaría poder seguir cuidando de usted. ¿Por qué no se viene conmigo de secretaria? Yo viajo mucho por todas partes. Eso la distraería y, tal vez, con el tiempo, usted y yo podríamos rehacer su felicidad truncada.

— ¿Qué insinúa, Alan? ¡Por Dios! —Marie se desprendió de los brazos de él, dando media vuelta. Pero él continuó reteniéndola y, suavemente, pero con energía, la obligó a volverse.

—Te quiero, Marie. Es cierto —musitó él—. Solo mi amor, desinteresado y sincero podría curarte de la obsesión trágica en que vives. No te pido que le olvides, sino que le recuerdes como era antes. Pero que pienses en que no puedes reunirte más con él... ¡Y no debes estar sola!

—Alan, por favor. Me hacen mucho daño tus palabras.

Alan acercó sus labios a los de ella, la cual no intentó retirarlos.

— ¡Eres adorable, Marie! ¡Déjame ocupar en tu corazón el puesto que ha dejado vacante tu...!

— ¡No la bese; Alan! —gritó desesperadamente, la voz de Nadja

Wieliczka, desde la puerta de la casa—. ¡TAMBIÉN ESTÁ CONTAGIADA POR EL VIRUS ROSADO!

Aquel grito desesperado y angustioso pareció convertir en piedra a la pareja que estaba de pie bajo los manzanos del huerto. Sin llegar a besar los labios de Marie, Alan se volvió a la mujer de ciencia, la cual llegaba corriendo en aquel momento, con un cristal de reducidas dimensiones en la mano.

— ¡Apártese usted de ella, Alan Shelton! ¡Marie Weyburn está contagiada como su esposo!

En el acento de Nadja vibraba un tono de espanto indecible.

Instintivamente, Alan soltó a Marie y retrocedió. Ella se había tornado mortalmente pálida y miraba con ojos desencajados a la doctora rusa.

— ¿El tercer análisis? —preguntó, con voz débil.

—Positivo... Escuche, Marie. No debe usted tocar nada que puedan tocar otros, aunque creo que eso ya es demasiado tarde. Incluso yo, pese a las precauciones que he adoptado, puedo estar contagiada... ¡Y usted también, Alan!

— ¡Cielos Santo eso sería mi ruina! —exclamó él, estremeciéndose.

—Será preciso someternos todos a un reconocimiento químico —continuó diciendo Nadja, con voz tensa—. Y, desde este momento, usted habrá ele permanecer aislada y en lugar cálido.

Cuando Marie logró reaccionar, preguntó, con acento trémulo:

— ¿Es seguro eso, doctora?

—Sí, lo siento. El tercer análisis era el decisivo. Posee usted gérmenes idénticos a los encontrados en su esposo y en el perro de Leminoff, del que les hablé el otro día. Es preciso advertir a las autoridades que vigilen esta casa.

— ¿Sabe usted cómo se transmite ese virus? —preguntó Alan.

—Por contacto, me parece.

—Si es cierto que estoy condenada a transformarme en un monstruo como Lon —dijo entonces Marie—, en vez de permanecer encerrada, prefiero ir a reunirme con él y correr su misma suerte.

—No se lo permitirán las autoridades —replicó Nadja—. Debo informar del resultado de mis investigaciones. Yo misma me someteré a un detenido análisis, lo mismo que haré con todos los habitantes de esta casa. Será preciso colocar una cerca de vigilancia para que no entre ni salga nadie. Y, bajo ningún concepto nadie puede tocar a otro. Le ruego, señora Weyburn, que vuelva usted a su habitación y permanezca allí encerrada desde este mismo instante.

Marie asintió, dando media vuelta y alejándose hacia la casa a la carrera. Entre los manzanos, Alan y Nadja se miraron como si fuesen dos desconocidos.

—Escuche, doctora Wieliczka —habló entonces Alan con voz roncha—. Espero que no se haya equivocado en su análisis. Las consecuencias pueden ser desastrosas.

—Estoy segura de lo que digo, Alan.

—Se me ha ocurrido pensar en algo muy peregrino. Tengo cierta experiencia de la vida y confío en que no me habrá tomado usted por muy tonto. Ciertos detalles significativos no me pasan por alto... Y no hablo por presunción. Pero he tratado a mucha gente y he llegado a ser un buen periodista gracias a un olfato que...

—Sé lo que quiere decirme, Alan —dijo Nadja, cortante—. Me gusta usted. En mi país una mujer puede decir esto a un hombre. Pero el análisis no lo he inventado por celos, y menos para apartarlo de ella. ¡Créame! Llame a los bioquímicos y que ellos comprueben mi trabajo. Casi lo prefiero. ¡Pero jamás me hubiese atrevido a falsear la ciencia por despecho!

Muy altivamente, Alan replicó:

—Ruda, pero franca. Le apunto ese tanto, señorita Wieliczka. Nadie me habló jamás así. Si hemos de convertirnos en monstruos de los hielos, habré de pensar en elegir compañera... No dude que es usted tan linda como Marie Weyburn... ¡Y, con frecuencia, la mucha hermosura está unida a la mucha maldad!

—Es usted despreciable, Alan G. Shelton.

—Si logro demostrar que ha inoculado usted ese germen en Marie, ¡juro ante todos mis antepasados que la mataré!

Nadja Wieliczka dio media vuelta y se alejó.

CAPÍTULO VI

—Marie, ¿qué ocurre? —preguntó la señora Shelton, asomando por la puerta del salón.

A mitad de la escalera, Marie se detuvo. Tenía los ojos humedecidos y el rostro crispado por la angustia. Aun así, intentó sonreír.

—Nada... No ocurre nada. Perdone.

Subió precipitadamente la escalera y corrió hacia su cuarto, donde abrió el armario, sacando un pequeño maletín. De un cajón del tocador extrajo varias prendas de ropa, las cuales metió apresuradamente en el maletín, y lo cerró. Luego, limpiándose los ojos con el dorso de la mano, tomó la cartera y el

bolso, que guardaba en la mesita de noche. Examinó su contenido. Allí estaban sus documentos y el dinero que llevaba cuando emprendió aquel desdichado viaje de novios al Ártico.

Lo guardó todo y se dirigió a la terraza, abriendo sigilosamente la puerta. Se agazapó detrás de la balaustrada, viendo, por entre las flores, como Alan y Nadja venían hacia la casa, dejándole el camino posterior libre.

Había una escalera de baldosas al extremo de la terraza. Marie descendió apresuradamente, en cuanto los otros desaparecieron en el interior de la casa. Cruzó el jardín y corrió hacia la cerca trasera. Un instante después saltaba al exterior y corría por un camino rodeado de árboles, efectuando un rodeo, para dirigirse a la carretera general.

Por allí pasaban raudos los automóviles. Hizo señas a un «Studebaker» verde, y su único ocupante, un individuo con aire de hombre de negocios, se detuvo, abriéndole la portezuela.

—Perdóneme —habló Marie, apresuradamente—. Necesito ir a la ciudad a tomar el autobús de las ocho. ¿Puede usted llevarme?

— ¡Desde luego! ¡Suba!

Se trataba de un comerciante ferretero, locuaz y complaciente. Durante el breve trayecto hasta la estación terminal de autobuses, no hizo más que hablar de su familia, de su hijo Ted, que estaba en la Universidad, y de su hija Sally, de diecinueve años, que ya estaba prometida.

Marie apenas si le escuchaba, esforzándose por ocultar sus lágrimas y su amargura, pero procurando mantenerse apartada todo lo más posible del hombre, por temor a contagiarle su horrible enfermedad latente.

Una vez en la estación terminal, cuando el ferretero se hubo despedido, y al ver un agente de policía en la entrada, Marie cambió de pensamiento, dirigiéndose a una parada de taxis.

Al primer conductor que encontró le dijo:

— ¿Puede usted llevarme a Chicago?

— ¡Oh, eso está muy lejos de aquí, señorita!

—Necesito llegar allí cuanto antes. Pagaré lo que sea.

—Serán unos sesenta dólares, ida y vuelta. Usted se quedará allí, pero yo debo volver.

—De acuerdo —dijo Marie, abriendo el bolso y sacando varios billetes.

—Ya me pagará cuando lleguemos, suba. Me resulta usted simpática. ¿Vive usted en Madison?

—No. Estoy de paso.

El taxista resultó tan locuaz como el ferretero. En el asiento posterior, sumida en sus sombríos pensamientos, Marie apenas si escuchaba su charla. Evocaba a Alan, al que apreciaba por su simpatía, pero recordaba intensamente al hombre con el que se había casado poco más de un mes antes. ¡Y qué giro tan trágico y angustioso había tomado su existencia!

Marie iba dispuesta a reunirse con Lon. Había creído en las palabras de Nadja Wieliczka. Ya no le importaba nada. Su sitio era junto a Lon, aunque se

hubiese convertido en un monstruo. Pronto, si Nadja no estaba equivocada, ella también estaría como su esposo. Se casó con él, para correr su misma suerte. ¡El destino no podría separarles!

Llegaron a Chicago casi a medianoche. En el aeropuerto se informó de la salida de los aviones y le dijeron que debía esperar al día siguiente para tomar el avión de Montreal.

Pasó la noche sentada en un banco, sin dormir, atribulada y sombría.

Al fin, llegó, el día, después de una interminable noche, y Marie, con su billete y su pasaporte sellado, subió al avión. Temió que en el último instante, alguien la hubiese detenido. Alan G. Shelton habría notado su ausencia y lo lógico era que avisara a la policía.

Estando afectada por la enfermedad que convirtió en un monstruo a su marido, era lógico que intentasen detenerla y encerrarla. Marie no confiaba llegar hasta Fort Saskeboro. Y, sin embargo, nadie la interceptó.

En pocas horas llegó a Montreal. Allí se dirigió a una oficina privada de aviación comercial, contratando, por doscientos dólares, casi todo el dinero que le quedaba, los servicios de un piloto y una avioneta de cuatro plazas.

En la oficina explicó:

—Soy periodista y deseo estar hoy mismo en Fort Saskeboro.

—No es usted la única periodista que va allí en estos días. Hemos realizado once viajes en los últimos días. Y no sabemos qué ocurre allí con el piloto que se ha transformado en monstruo, porque nada dicen los periódicos. ¿Qué sabe usted?

—Nada. Voy allí a... enterarme.

Era una plática penosa para Marie, quien la cortó en cuanto hubo cerrado el trato. No quería hablar con nadie. Solo deseaba llegar cuanto antes a Fort Saskeboro y poder reunirse con Lon.

La avioneta despegó media hora después, rumbo al norte. Marie se arrebujó en su asiento y se quedó dormida casi inmediatamente, padeciendo un horrible sueño, en donde volvió a revivir escenas vividas entre los cielos, viendo monstruos horripilantes y escuchando terribles rugidos, que ahora le parecían llamadas angustiadas de su marido.

Sobre las verdes montañas canadienses, el aeroplano volaba en línea recta hacia el inexorable destino que la aguardaba en Fort Saskeboro. Marie estaba dispuesta a todo, incluso a pelear contra los hombres que cuidaban a Lon, para reunirse con él.

Y nada ni nadie podría impedírselo.

Quería correr la misma suerte que su esposo.

* * *

—Nosotros somos creados por Koe —estaba diciendo Lon Weyburn— a Peter Greet, en aquel lenguaje nuevo que el médico norteamericano descubriese por casualidad—. Eso quiere decir que Koe nos ha enviado a dominar los mundos del universo.

»Hemos conquistado a muchos hombres de los hielos y nos hemos refugiado en sus cuerpos. Una porción del germen que llegó en las cápsulas se ha reproducido rápidamente, transmitiéndose a los esquimales que viven en las llanuras heladas, en sus animales domésticos y hasta en las focas de los agujeros marinos.

»Todo ser afectado por el virus es ya indestructible. El contagio se propaga lenta pero inexorablemente. A las pocas semanas, después de las primeras fiebres, nuestra envolvente se protege con una coraza profundamente sólida e indestructible.

»Somos «Euki», o sea criaturas de Koe que habitarán Tak desde ahora.

— ¿Y desaparecerá la humanidad? —quiso saber Greet.

—No. Solo se transformará en «Euki». Vendrá el frío y el hambre. Los «daki» se refugiarán en los países cálidos, que cada vez irán quedado menos, dominados por la ola de frío que se está extendiendo lentamente desde los polos, hasta terminar por ser vencidos totalmente.

»Ese es el destino de los «daki». Tak será poblada solo por «Euki». Los nuevos hombres fuertes originarios de Koe. Solo existirá una raza, fuerte, poderosa, que necesitará muy poco alimento para sobrevivir. Y no habrá nuevos hijos. Solo sobrevivirán los «Euki», o sea los «daki» que se han transformado en «Euki».

»Es necesario no poner dificultades a la mutación, doctor Greet. Ustedes saben que no pueden contener nuestro avance. Los «Euki» que están ocultos en el frío, saldrán de sus refugios e irán esparciendo el virus rosado que germinará en otros hombres.

—Lo que no entiendo es que siendo vosotros seres transformados, de raíz humana, nacidos en La Tierra, sepáis cuál es el mensaje de Koe.

—El virus nos ha transmitido la lengua y el saber de Koe. No es ciencia investigada, sino saber natural. En mí hay conocimientos humanos, propios de mi nacimiento y cultura. Todo se ha amalgamado con el poder del virus que me fue transmitido al ser atacado por el «Euki». Yo he pensado en todo esto durante mis días sin sueño. Y estoy seguro de que la Humanidad ha salido beneficiada con este gran cambio. Los «daki» serán ahora más feos, cubiertos de pelo duro, oscuros de tez y de piel, pero más naturales, como los antiguos hombres primitivos que vinieron de la antigüedad recóndita del tiempo.

»Habrá alimento para todos. El suelo nos dará la suficiente energía para vivir muchos siglos. Nuestros organismos, inmersos en temperaturas frías, no tendrán dolencias ni enfermedades. Tampoco será necesario el trabajo, como castigo impuesto por los hombres ambiciosos que pretenden y viven del esfuerzo del desheredado.

»La vida ha de ser natural, como natural es el frío, porque el Sol empezará a enfriarse y nosotros no lo echaremos a faltar. La vida natural, toda, hombres y animales, será plácida, prolongada hasta un infinito que nos está vedado conocer.

Peter Greet estaba maravillado de todo lo que oía. En boca tan repelente

como la de Lon Weyburn, aquellas palabras tenían un significado maravilloso.

—Ni guerras —siguió diciendo Lon Weyburn—. Los «Euki» no se odian. Se aman y se comprenden. Viven juntos, hacinados en cuevas profundas, hechas con sus manos en el hielo duro.

— ¿Y por qué atacan?

—El grito de triunfo de los «Euki» es el rugido que asusta a los «daki». Pero es gozo y alegría, ante el hallazgo del nuevo hermano que unirá su destino al de ellos. Por leve que sea el contacto, la desproporción de fuerzas daña al insignificante «daki». Pero el dolor es leve.

»Luego se produce el cambio. Y este aspecto que os repele es necesario al «Euki». La constitución del perro continúa igual. Solo su envoltura, su piel, se hace más fuerte... El «daki» habrá de habituarse a su nuevo y necesario aspecto, al que solo pueden dañar grandes fuerzas radioactivas creadas por la naturaleza hostil.

»Koe ha ayudado a sobrevivir, a muchas razas y debe hacer lo mismo a la vuestra. Este pequeño mundo en el que vivís está penetrando, en su inmutable curso estelar, en una región gélida que apagará el calor del sol.

»Koe, previsor, os envía gérmenes de «Euki» para ayudaros a sobrevivir, y debéis aceptar sus impenetrables designios.

—Mucho me temo —replicó Peter Greet, tristemente— que la humanidad no aceptará de buen grado eso que tú llamas ayuda de Koe.

— ¡Los «daki» habrán de aceptar los designios de Koe! —exclamó Lon Weyburn—. Y las razones son evidentes. Os dará una lengua común a todos. Os dará larga vida. No será necesario el trabajo, más que para alimentarse, y para ello os facilitará el «pan de hielo», que debéis cultivar. Os dará cobijo, amistad y hermandad. No os proporcionará más hijos, para evitar la peligrosa procreación constante, pero os facilitará una existencia larga, casi infinita, dado el vigor que imbuirá en vuestros cuerpos. No habrá desigualdad, ni odios, ni envidias, porque el sentido de la riqueza desaparecerá al desaparecer vuestra lengua y vuestra mente actual.

»Ningún «Euki» dañará a otro, puesto que ni siquiera la fuerza de mil «Euki» pueden dañar la coraza que os facilitará Koe.

—Admito que, bien mirado, sería algo formidable —confesó Greet—. Pero la humanidad desaparecería totalmente, y con ello desaparecería el progreso, la cultura, la ciencia...

— ¡Sí, porque todo eso ya no será necesario! El progreso ha beneficiado hasta ahora a una minoría. La cultura está en manos de muy pocos y la ciencia sirve a intereses particulares de los menos. Los «daki» no lograrían igualarse unos a otros jamás, a menos que perecieran todos. Hay demasiadas razas, y dentro de una misma raza, demasiadas gentes distintas. Incluso en una familia hay odios y desigualdades.

»No, doctor Greet. Koe es más sabio que los «daki». Koe ha enviado sus células vivientes para transformar a los «daki», pero no para dañarles ni esclavizarles, sino para salvarles. Y una vez todos los «daki» sean «Euki», la

paz reinará indefinidamente sobre este planeta que pronto será helado.

»No habrán viejos ni jóvenes, feos ni guapos, inteligentes ni torpes. Todos serán idénticos, hermanos, iguales. Tampoco habrá mujeres ni hombres, sino un solo sexo y sin apetencias morbosas, lo cual facilitará el entrenamiento moral de los «Euki». Y será como si un «daki» quisiera vivir con todos los placeres que más le agraden, puesto que no tendrá apetencias de ningún género.

—Lo siento, Lon Weyburn —replicó Greet—. No puedo estar de acuerdo contigo. Una existencia como la que describes sería imposible.

— ¡Porque tú la meditas con mente de «Daki»! ¡No se ha realizado la mutación! ¡Eres un «daki» y no puedes comprender a un «Euki»!

—Quizá tengas razón, Weyburn. Mas no me gustaría verme como tú.

Lon, dentro de su encierro, emitió un infrahumano rugido, para demostrar su regocijo. Luego, habló:

— ¡Es lógico que te horrorice el verme! Yo, cuando era «daki», temblé de terror al ver el primer «Euki». Ahora, si viese aparecer a uno, mi corazón se llenaría de gozo. Deseo que me saques de este encierro, para poder ir a reunirme con ellos al frío. Aún no puedo romper los recios barrotes que me habéis colocado. Estoy acumulando fuerzas para hacerlo. Y por muy fuertes que sean los barrotes que me rodean, cuando tenga la suficiente energía, los destruiré y me iré. Koe ha previsto que ningún «daki» pueda retener a un «Euki».

—Pero ¿qué es Koe?

—El mundo de la sabiduría universal... ¡El lugar de donde salió el soplo de toda la vida!

— ¿Dios? —preguntó Greet, impresionado.

Lon Weyburn no contestó. Pero el otro estaba seguro de haber recibido la respuesta. Por este motivo, tras reflexionar brevemente, descorrió el resorte que cerraba el paso de la cabina hasta la jaula. Y una vez allí descorrió los recios cerrojos que bloqueaban la puerta de hierro.

—Puedes salir, Lon Weyburn. Quiero ir contigo hacia el frío.

* * *

Cuando la avioneta particular en que viajaba Marie Weyburn llegó a las inmediaciones de Fort Saskeboro, el piloto, según estaba reglamentado en el código de navegación aérea, pidió permiso para aterrizar.

Le fue denegado inmediatamente, ordenándole que se dirigiera a la base de Horace, situada a ciento veinte millas al este.

—Lo siento, señorita —dijo entonces el piloto, volviéndose a Marie—. No podemos tomar tierra.

— ¡Pero es necesario que descienda usted! ¡Necesito urgentemente llegar ahí! ¡Hable usted con el capitán Frill! ¡Dígale que soy Marie Weyburn! ¡Mi esposo está...! ¡Oh, si no me dejan regresar a su lado me tiraré por la ventanilla!

Asustado, el piloto gritó:

— ¡Por el amor de Dios, señora! ¡Hablaré de nuevo con la estación de Fort Saskeboro!

Una nueva y apremiante llamada modificó la orden. El piloto, tras haber informado de quién era su pasajera, fue autorizado a descender.

—Ha tenido suerte, señora. Nos permiten aterrizar. ¿De modo que es usted Marie Weyburn, la esposa del hombre que se ha vuelto...?

— ¡No me diga usted nada, se lo ruego! —suplicó Marie—. Atienda los mandos.

—Creí que era usted periodista.

—No lo soy.

El hombre se encogió de hombros y dedicó su atención al aterrizaje sobre la pista helada. No llevaba esquíes, pero las ruedas funcionaron perfectamente sobre el hielo. Era un piloto bastante bueno.

Fue a detener la avioneta al extremo de la pista. Allí, sin cerrar el motor, hizo girar el aparato y regresó, a marcha lenta, hacia donde estaban los hangares.

Marie, asomada a la ventanilla, tuvo un sobresalto al ver otra avioneta, color blanco, en cuyo fuselaje llevaba pintadas las siglas de la «United Press».

Y cuando el aparato en el que acababa de llegar se detuvo, y el piloto abrió la portezuela, para que descendiera su pasajera, esta vio varios hombres que se acercaban. Uno captó su inmediata atención. Era Alan G. Shelton, y llevaba una pelliza azul, guateada, con capucha sobre los hombros.

Alan se adelantó a los otros, acercándose primero y tendiendo la mano a Marie, para ayudarla a descender.

— ¡Alan! ¿Cómo ha llegado hasta aquí? —preguntó Marie.

—Supuse que vendrías aquí, Marie. No dejan aterrizar a nadie. El hospital está rodeado por la policía... Han ocurrido cosas terribles. Pero, al saber que llegaba usted, el capitán Frill la ha autorizado.

— ¿Qué ha ocurrido?

— ¡Venga usted conmigo, señora Weyburn! —exclamó un cabo de la policía montada, acercándose.

—Ya vamos, amigo —dijo Alan, tomando a Marie del brazo.

—Usted tiene que repostar y marcharse de aquí ahora mismo —añadió el cabo, dirigiéndose al piloto—. No se le permite descender del aparato.

—Está bien —contestó, resignadamente, el piloto, que habría dado algo por enterarse de lo que estaba ocurriendo.

Otra sorpresa aguardaba a Marie cuando entró en el edificio principal de la policía montada. Se encontró allí a Nadja Wieliczka, hablando con el doctor Stewart y otros hombres de ciencia. Todos se volvieron al ver llegar a Marie, la cual habló a Alan.

— ¿Cómo han llegado tan pronto?

—Hace nueve horas que estamos aquí. La doctora Wieliczka y yo hemos volado directamente desde Madison. Tú debiste efectuar algún rodeo, ¿no es

así?

—Fui a Chicago y hube de esperar allí toda la noche.

—No importa ya.

—Pero ¿qué es lo que ocurre?

—Es preciso ponerte en cuarentena, Marie. Ahora vamos a tener una tempestuosa entrevista con el capitán Frill y el coronel Cameron.

El doctor Stewart se acercó a ellos, deteniéndose a pocos pasos.

—Habrá usted de decirnos todo lo que ha hecho desde que salió de la casa del señor Shelton. Usted sabía que estaba contagiada por el virus...

— ¡Eso está por probar, doctor! —exclamó Alan, enérgicamente—. Acepto ser reconocido y aislado. Mi madre y nuestra ama de llaves también están en cuarentena, en Madison. Pero la doctora Wieliczka también ha de ser examinada.

— ¿Qué ha sucedido? —preguntó Marie, con acento desgarrado.

—Su esposo ha huido, acompañado del doctor Peter Greet. El doctor Robbins, que intentó impedirlo, fue agredido por su esposo, como también fueron agredidos algunos policías que dispararon contra él, sin causarle daño.

— ¡Oh, no, eso no puede ser! —exclamó Marie, con voz desmayada.

Un oficial del puesto de policía se acercó.

—Señora Weyburn, acompáñeme, por favor. El capitán Frill desea verle.

Un médico entró, procedente del exterior.

— ¡Estamos todos locos aquí! ¿Quién ha autorizado a aterrizar a esa avioneta? ¡Ahora parece que la van a dejar salir!

— ¡Que no aterrice nadie! —chilló el doctor Stewart—. Nadie puede salir de aquí... Se ha autorizado el aterrizaje de la señora Weyburn, pero ni el piloto puede irse. Habrá de ser examinado también, así como todas las personas que hayan tenido contacto con ella.

—No he tocado a nadie —musitó Marie, tristemente.

— ¡El contagio ha podido producirse por medios indirectos! ¡Es preciso aislar el virus!

El oficial, algo distante, indicó a Marie que le siquiera. Ella obedeció, acompañada per Alan G. Shelton. Aparte se quedaron Nadja y los otros hombres de ciencia.

En el despacho del capitán Frill, rodeado de varios hombres severos y vestidos de paisano, estaba el coronel Francis Cameron, del Ejército Canadiense, que ocupaba la mesa de Frill.

— ¿Es usted la señora Weyburn? —preguntó, secamente, Cameron.

Marie asintió.

—Tiene usted que explicar todo lo que ha hecho desde que salió de aquí la semana pasada, e indicar claramente señas y pormenores de todas las personas que ha tratado en estos días. En cuanto haya terminado, se le aislará en una cabina, donde no podrá hablar con nadie durante un mes.

— ¡Tres días son suficientes, coronel! —gritó Alan G. Shelton—. No estamos seguros de que la doctora Wieliczka diga la verdad.

—La doctora Wieliczka sabe más que usted y que yo de este enojoso asunto, señor Shelton. ¡Y usted también habrá de ser aislado!

— ¡Todos hemos de ser asilados, durante tres días! —gritó Alan—. Y que la junta médica nos someta a las pruebas que crean oportunas... Pero tengo motivos para dudar de la veracidad de la doctora Wieliczka.

CAPÍTULO VII

Fort Saskeboro parecía haberse convertido en un manicomio. Al ser conducida a su nuevo alojamiento, ante el que se apostó a un policía armado, Alan explicó a Marie todo lo ocurrido.

—Llegamos, Nadja y yo, a las pocas horas de haber escapado tu marido de su jaula. Había un gran alboroto en este lugar. Se salió a perseguir a los dos huidos, pero no fue posible localizarlos. Pareció como si se los hubiese tragado la «tundra».

— ¿Y el doctor Greet se fue con él?

—Sí —contestó Alan—. Peter Greet, según me han dicho, descubrió el lenguaje de tu marido. Se hizo un diccionario breve y, valiéndose de ello, pudo dialogar con Lon. Es evidente que Greet debió abrirle la celda.

«Cuando salían, el doctor Robbins les descubrió, siendo atacado por Lon y causándole algunas leves heridas. Ahora, Robbins está siendo reconocido. Se teme que esté contagiado, junto con dos agentes que vigilaban el hospital.

»Por eso es necesario efectuar un reconocimiento profundo de todos los que estamos aquí, como el que están haciendo en mi casa, a mi madre y a Molly, para diagnosticar si ha habido contagio o no. ¡Y me niego a creer que tú estés contagiada!

— ¿Por qué dices eso, Alan? —preguntó Marie, apenas sin voz, deteniéndose.

— ¡Estoy seguro de que la doctora Nadja ha mentido!

— ¿Y qué interés puede tener en mentir?

—No puedo decirlo aún. Es solo un presentimiento desagradable —dijo Alan, evasivamente.

—Escaparé, Alan. Tengo que ir a reunirme con Lon. Ese es mi deseo. Nada ni nadie podrá retenerme aquí... ¡Pero estoy desconcertada! ¿Por qué ha de tener interés en mentir la doctora Wieliczka?

—Esa mujer es rusa e inquietante, Marie. No lo sé con certeza, pero presiento que está cometiendo un acto reprobable... Y no deseo suponer que soy yo el motivo. Ha de haber algo más.

—Lo siento —intervino el agente, encargado de custodiar a Marie—. Esta es la cabina que debe usted ocupar. Le ruego no intente escapar, señora. Si lo hace, tengo órdenes de disparar.

Marie miró con dureza al agente. Luego, se despidió de Alan, sin darle la mano.

— ¿Qué debo hacer?

—Esperar a ser reconocida de nuevo.

Sin responder, Marie dio media vuelta y penetró en la cabina, que era una cabaña de troncos y ladrillos, destinada a albergar a un agente de la Policía Montada.

Alan G. Shelton regresó al puesto principal, donde parecía haberse establecido la calma. En su calidad de enviado especial de la «United Press» poseía ciertas prerrogativas. Sin embargo, un oficial le aconsejó que permaneciera aislado en una cabina.

—Va a iniciarse el reconocimiento de todos los que estamos aquí. También se repetirá el análisis de Marie Weyburn. Así lo ha ordenado el coronel Cameron.

— ¿Quién lo hará?

—La doctora Nadja Wieliczka y un grupo de doctores. Ellos mismos se someterán también a esa prueba. Y del resultado que se obtenga, habrá una evacuación inmediata. El Gobierno ha declarado esta zona y toda la Isla de Ellesmere como «insalubre».

Alan G. Shelton fue a ver a Nadja Wieliczka, a la que encontró en el laboratorio del hospital preparando los medios para realizar los análisis. La mujer rusa sonrió al verle.

— ¿Sigue sin tener fe en mí, Alan?

—Sí.

—Lo siento. Es usted difícil de contentar.

—No quiero que reconozca usted a nadie. ¿Puede hacerme este favor?

La sonrisa se eclipsó en las facciones de Nadja, endureciéndose sus rasgos.

—Su intransigencia es ofensiva, Alan.

— ¿Recuerda lo que hice, cuando salimos de mi casa para venir aquí, al dirigirnos al campo donde tenía la avioneta? Me detuve en telégrafos. Envié un encargo a mi oficina. Tenemos allí un departamento de informes internacionales. Espero recibir, de un momento a otro, por radio, datos acerca de usted. No dudo de su capacidad y prestigio. Pero tengo el presentimiento de que no actúa usted con nobleza en este asunto.

— ¡Váyase, Alan! ¡Empieza usted a repugnarme!

—Ahora voy a sostener una entrevista con el coronel Cameron. Espero convencerle para neutralizar todos sus actos. Si existe alguna conspiración para contagiar el mundo entero con el virus de esos monstruos, pienso que usted puede ser el mejor agente preparador.

El bello semblante de Nadja se demudó ostensiblemente. Enrojeció y gritó:

— ¡Está usted loco, señor Alan G. Shelton! ¡Yo no tengo la culpa de que

Marie Weyburn esté enferma! ¡No la tengo! Ella estuvo con su marido y...

Alan no la dejó continuar hablando, dando media vuelta y abandonando el laboratorio.

* * *

El coronel Cameron estaba agotado de tanto trabajo. No hacía más que dar órdenes, comprobar datos, recibir informes. Se había aislado voluntariamente en Fort Saskeboro, hasta que los científicos diagnosticasen con exactitud quiénes estaban contagiados o no. Él no podía perder el tiempo esperando a que los síntomas de la metamorfosis delatara a los contagiados. Existía, al parecer, un procedimiento rápido para establecer quién estaba contagiado o no.

Según la comisión científica, el virus se podía adquirir por simple contacto, pues se trataba de un microbio insignificante, apenas visible en los más potentes microscopios, y por ello era necesario recurrir a reactivos químicos que lo delataran.

Estos análisis estaban en manos de los científicos. Él solo se encargaba de coordinar las búsquedas infructuosas, enviar tropas a la búsqueda de los «monstruos», hasta el momento sin éxito, y encontrar el modo de poder conjurar el peligro.

Por encima de él, no obstante estaba el Gobierno que le pedía informes a cada instante.

Y solo faltaba Alan G. Shelton. Pero Cameron había prometido recibirle y no tuvo más remedio que hacerle pasar. El famoso periodista era alguien al que no se podía ignorar.

—Le ruego que no me entretenga mucho, señor Shelton. Ya sabe usted lo que ocurre. ¿Qué puedo decirle yo?

—No estoy aquí como informador, coronel —replicó Alan—. Como informador me vi envuelto en esto y ahora, tanto yo como mi familia, han de ser reconocidos. Vivo este asunto con la misma intensidad que lo vive usted. Pero hay más, y creo que debe usted saberlo.

— ¿De qué se trata?

—Puede escuchar la grabación que el doctor Greet realizó antes de dejar escapar a Lon Weyburn, e irse con él. No soy el más indicado para comprender ese lenguaje. Pero he deducido que Peter Greet llegó a entenderse con Weyburn, y por ello le dejó escapar. Es significativa la influencia de Weyburn sobre Greet.

»Estimo, por tanto, que debería estudiarse a fondo esa grabación e intentar traducirla. Está llena de referencias, hechas por Greet, que pueden aclarar el motivo de su conducta.

—Se está intentando descifrar esa conversación, señor Shelton, si es eso lo que quería saber. Una vez descifrada, se enviará copia a Ottawa y el Gobierno decidirá.

—Hay algo más —añadió Alan—. Marie Weyburn, según la doctora

Wieliczka, fue contagiada por su esposo. Y, sin embargo, Marie Weyburn no ha dado muestras, en todo el tiempo que ha permanecido en este lugar, de metamorfosis o cambio alguno. Sin embargo, la doctora Nadja Wieliczka, afirma que el análisis realizado en mi casa de Madison, el resultado ha sido positivo.

»Mi pregunta es, ¿por qué Marie Weyburn no se ha transformado en un monstruo, como su esposo, a pesar de haber estado en este lugar, a la misma temperatura que él?

—Eso no se lo puedo decir yo, señor Alan. Y no puedo perder el tiempo en problemas personales.

— ¡El problema que yo presento nos afecta a todos y es general! ¡Creo que la doctora Nadja Wieliczka miente y que ha inoculado el virus a Marie Weyburn intencionadamente!

— ¿Por qué cree usted eso?

—Prefiero no responder a eso. Pero hace ya algunos años que nací y no es casualidad que mis jefes me consideren uno de los periodistas más penetrantes de mi época. Créame, coronel. Si no se aísla a la doctora Wieliczka, puede ocurrir un desastre... ¡Desconfíe usted de esa mujer!

—La doctora Wieliczka ha sido enviada por el Gobierno Soviético, para colaborar en el caso que nos ocupa. Se considera que está bastante enterada de todo lo referente al virus rosado. Ella era la alumna predilecta del doctor Leminoff.

— ¿De qué murió Leminoff? ¿Lo sabe usted?

—Embolia, según creo.

—No sabremos nunca lo que ocurre en ciertos laboratorios instalados detrás del telón de acero, coronel. Pudo morir desintegrado, por haber adquirido ese virus, cuando estudiaba al perro siberiano del que ha hablado la doctora Nadja Wieliczka. Y, si es la bomba atómica lo que aniquila ese mal, no habrá más remedio que lanzarla en la zona considerada como foco de la epidemia.

—No me ha dicho usted nada nuevo, señor Shelton. Será mejor que demos por terminada esta entrevista. La doctora Wieliczka no realizará los análisis, si es eso lo que pretende. He nombrado a los doctores Buggs, Stewart y Malcom. Es un riesgo que corro, porque acepto la premisa de que ellos no están contaminados. Todos los demás, incluyéndome a mí mismo, somos presuntos enfermos.

—De acuerdo, coronel. Y el aislamiento, ¿es obligado para todos?

—Se han dado instrucciones para que nadie se toque entre sí. Una vez tengamos los resultados de esos análisis, decidiremos lo que conviene hacer. Ahora, por favor, le ruego que vaya a su alojamiento. No puedo entretenerme más.

* * *

Marie observó que la ventana estaba obstruida por tablas, fuertemente

clavadas. Las órdenes se habían cumplido al pie de la letra, tomándose precauciones para que los presuntos contagiados no pudieran salir de sus encierros hasta no averiguar, de una manera cierta, si se encontraban contagiados o no.

Y Marie, denunciada por Nadja Wieliczka, era de las más sospechosas, pese a las objeciones de Alan G. Shelton.

Pero la joven había decidido escapar de Fort Saskeboro y no vaciló. A primera hora de la noche preparó su huida. Primero amontonó varias prendas de ropa en el centro de la cabina. Luego, se envolvió el rostro con una toalla empapada de agua y procedió a prender fuego a las prendas, situándose junto a la puerta.

Vio surgir el humo y las llamas. Estaba segura de que el policía montado que hacía guardia en torno a su cabina se daría cuenta inmediatamente, al ver salir el humo, como así fue. El policía dio la alarma y luego abrió la puerta, entrando para ver de qué se trataba.

El hombre, medio cegado para ver el humo se lanzó hacia la ventana, para abrirla. Luego arrancó una cortina a fin de tapar el fuego. Y Marie aprovechó aquella ocasión para salir al exterior y correr entre las casas del fuerte, hacia el lugar donde estaban los hangares y la pista de aterrizaje.

Su objetivo era abrir el hangar en donde se hallaba la avioneta «Brennen», propiedad, suya y de su esposo. Sabía lo suficiente de su manejo para lograr despegar, si nadie se interponía en su camino.

Y la suerte le acompañó, en parte, debido al aislamiento reinante en todo el fuerte, en cumplimiento de las órdenes dadas por el coronel Cameron.

Sin dificultad, Marie llegó al hangar, empujó la puerta, descorriéndola y luego trepó a la avioneta, que estaba aún como ella la había dejado un mes atrás, cuando llegó con Lon desde Grise Fiord.

Era temerario lo que estaba haciendo. Ni siquiera tenía la seguridad de poder despegar con la avioneta, aunque conocía todos los resortes y tenía suficientes nociones de vuelo para creer que conseguiría despegar.

Los primeros instantes, cuando puso el motor en marcha, fueron los peores. Temió que el ruido del motor atrajera a los encargados del campo, como así fue, pero Marie ya estaba poniendo el aparato en movimiento y sacándolo, en marcha, del hangar.

El individuo que, provisto de una linterna, llegó corriendo, le gritó algo que ella no pudo entender. Marie, sin hacerle caso, dio más gas al motor y el hombre se vio obligado a ladearse, para no ser arrollado. Luego, Marie dirigió el aparato hacia la pista helada. Los esquíes de que iba provista la avioneta se deslizaron sobre el hielo.

Cuando consideró que tenía suficiente velocidad, Marie manejó la palanca ascensional y la «Brennen» se remontó graciosamente hacia el cielo, dejando atrás las contracciones de Fort Saskeboro.

Marie sabía que la avioneta podía mantenerse en vuelo durante cinco horas, esto en caso de tener los tanques llenos. Lon se lo había explicado bien

antes de casarse y durante el breve viaje de novios que tan desastrosos resultados había tenido.

Era pues, necesario, dirigirse hacia el norte. Volaría todo el tiempo que pudiera. Luego, intentaría aterrizar en algún llano, cosa que no sería fácil, dada su inexperiencia. Si lograba posarse sobre el hielo, entonces, intentaría buscar a Lon y se reuniría con él. Estaba segura de reconocerle, aunque su aspecto hubiese cambiado. Aún llevaba sus ropas.

Y si nada de cuanto se proponía le salía bien y su viaje terminaba bruscamente, estrellándose en el aterrizaje o pereciendo de hambre y frío por aquellas latitudes, a Marie le tenía esto sin cuidado.

Sin embargo, pese a su terrible decisión, tenía un recuerdo agradable de Alan G. Shelton, quien seguramente la quería. Y hasta aceptarle con el tiempo habría sido una solución factible para ella, de no haber intervenido Nadja Wieliczka diciéndole que ella también estaba contagiada.

Envuelta en brumas, volando a ciegas, sin nociones, casi de navegación y guiándose solo por una brújula prácticamente ineficaz, debido a la proximidad del polo magnético, Marie reanudó su vuelo hacia el norte. No quería pensar en nada, saber nada ni atormentarse por nada. Estaba sola en el mundo. Y algo le decía que, por muy extenso que fuese el norte, alguna vez encontraría a Lon.

Por fortuna, en aquellas regiones árticas, la noche no existía en aquel tiempo. El sol permanecía siempre en el cielo, y cuando las brumas se disiparon, Marie pudo ver el paisaje helado bajo sus pies. Las brumas quedaron atrás. Vio infinidad de abetos, medio cubiertos de escarcha. También vio trineos que se movían sobre la nieve. Dedujo que debían pertenecer a grupos de policías montados que registraban el territorio, en busca de Lon y del doctor Greet.

— ¿Por qué ese hombre ayudó a Lon a escapar? —se preguntaba Marie con frecuencia.

No encontraba la respuesta lógica. Quizás aquel médico estuviese trastornado y se hubiese decidido por aquella especie de suicidio. No podía admitir que Greet se hubiese compadecido del enfermo, dejándole en libertad para que huyese y Lon se lo hubiese llevado consigo.

Todo cuanto sucedía en torno a ella era como una horrenda pesadilla, irreal y fantástica. Lo único tangible y bondadoso que había encontrado en tales aciagos días fue Alan, su madre y Molly. Luego, la doctora Wieliczka había venido a sembrar la inquietud y el desasosiego en su espíritu, haciéndola tomar aquella resolución.

Marie no había dudado ni un instante de las palabras de la doctora rusa. La tenía por una eminente mujer de ciencia y carecía de motivos para sospechar que pudiera ser una añagaza. Esto no cabía en su mente.

Y, sin embargo, lo era, sí. Alan G. Shelton no se había equivocado en absoluto...

* * *

Al producirse la alarma, Alan presintió que Marie intentaba escapar. Llamó fuertemente a la puerta y acudió uno de los policías de la guardia.

— ¿Qué ocurre? —preguntó Alan— He oído gritar que hay fuego.

—Sí, ha debido de ser un accidente. Pronto estará sofocado. No se alarme.

—Averigüe usted dónde ha sido, por favor.

—Descuide, señor Shelton. Iré a ver lo que sucede. No se mueva usted de aquí.

Todas las cabañas estaban cerradas por fuera. El agente cerró a Alan y se fue, pero no tardó en regresar, abriendo de nuevo al periodista.

—Es en la cabina de la señora Weyburn.

— ¡Me lo temía! —gritó Alan—. ¿Dónde está?

—La están buscando... Ha prendido fuego a varias prendas de ropa y se ha escapado, aprovechando la humareda. No tema, no podrá ir muy lejos.

— ¡Vigilen las avionetas! Es capaz de intentar escapar en alguna de ellas.

—De eso se encargará la vigilancia. Usted no debe salir de aquí. Son órdenes.

Como Alan intentase acercarse al policía, este retrocedió y cerró la puerta.

Media hora después, el doctor Buggs llegó con una bandeja y varios utensilios de análisis. Él fue quien dijo a Alan:

—Marie Weyburn ha escapado en una avioneta. No sabe nadie cómo ha podido ocurrir, pero se ha ido. Y creo que es lo mejor que ha podido hacer. Según me ha dicho el doctor Stewart, solo puede ir hacia el norte, porque en las poblaciones del sur, pronto sería arrestada. Tememos que haya intentado ir en busca de su esposo, cosa que ya está haciendo un gran número de policías y tropas.

Alan quedó como anonadado.

—Marie Weyburn cree estar contagiada por el virus rosado. Yo creo que no lo está. Por favor, permítame hablar con la doctora Nadja Wieliczka.

—Se lo diré. Usted no puede salir de aquí, pero ella puede venir a verle. Está furiosa porque el coronel Cameron le ha prohibido intervenir en los análisis... A ver, señor Shelton, espute usted sobre este cristal.

Alan obedeció y el doctor Buggs cerró la muestra de esputo y escribió el nombre de Shelton sobre la etiqueta.

—Intentaré hablar con Nadja —dijo, antes de salir.

Al poco, Nadja Wieliczka, cariacontecida, llamó a la puerta de la cabina de Alan, pidiendo permiso para entrar. El policía que vigilaba la entrada le franqueó el paso.

—No deben tener contacto personal —empezó a decir el agente.

—No se moleste —replicó Nadja—. Sé muy bien lo que hago.

Entró en la cabina y se quedó mirando a Alan, quien dijo:

— ¿Está satisfecha?

—No, lo siento. Sé que he inducido a Marie Weyburn a la desesperación. Pero no le mentí, Alan. Marie Weyburn está contagiada. Yo no podía permitir

que ella la contagiase a usted, allá, en Madison.

— ¡Miente usted, doctora Wieliczka! —gritó Alan.

— ¿Qué le hace creer tan insistentemente que miento? —preguntó ella.

—Si Marie estuviese contagiada, ya habría dado síntomas de ello. Permaneció muchos días en este lugar, aguardando el restablecimiento de su esposo. El frío habría desarrollado el virus. Su teoría es falsa.

Nadja se encogió de hombros.

—Aunque yo estuviese equivocada, ahora ya no tiene remedio continuar discutiendo. Ella ha elegido su suerte. De todo corazón le deseo que encuentre a su esposo... ¡Marie Weyburn no es para usted, Alan!

— ¿Es eso lo que se propuso, doctora Wieliczka? —exigió Alan.

—Sé que lo ha comprendido usted desde el primer momento. Y, efectivamente, le mentí. Ahora que se ha ido, se lo voy a decir. Su análisis fue negativo... ¡Pero yo no podía verle a usted en brazos de ella! Soy una mujer temperamental. No soy fea, y nadie se fija en mí. Me consideran fría y desapasionada, enteramente dedicada a la ciencia. Y deseo ser amada como cualquier mujer... ¡Tengo derecho a vivir!

— ¡Es usted despreciable, Nadja! Lo adiviné todo. Para apartarme de Marie, usted mintió... ¡Y ahora puede ocurrir un desastre!

— ¡Ella está casada y yo no! —gritó la rusa.

— ¡Váyase! Pero rece para que Marie no sufra ningún percance o encuentre a Lon Weyburn. ¡Si eso ocurre, Nadja, la mataré!

CAPÍTULO VIII

Para Peter Greet, el misterio de los «Monstruos del Hielo» pronto dejó de serlo. Se aterró cuando, al salir por el pasillo, el doctor Richard Robbins intentó interceptarles el paso y Lon Weyburn, rugiendo, saltó sobre él y de un simple manotazo lo envió contra el muro, donde quedó inerte.

Luego, los disparos que efectuó la guardia le sobrecogieron, dejándole medio paralizado de espanto. Lon, puso en fuga a los policías y le agarró de una mano, echándoselo al hombro, para salir corriendo aceleradamente.

En pocos instantes, Lon se distanció lo suficiente de Fort Saskeboro para detenerse y dejar en el suelo a su libertador, al que dijo, en su lengua silábica:

—Iremos a reunirnos con los «Euki», doctor. Pronto serás uno de los nuestros y conocerás el secreto de la verdad.

—Sí, lo deseo, Lon —musitó Greet—. Tengo el presentimiento de que los «Euki» salvaremos a la humanidad.

—Ese presentimiento no te engaña. Sin embargo, hemos de temer el fuego de los hombres. Sabemos que dominan la desintegración atómica y eso nos podría ser fatal.

— ¿No dijiste que nada podía destruirnos?

—No pueden destruir las enzimas de Keo, que son indestructibles. Pero a nosotros sí. Para ello, sin embargo, necesitan localizar nuestros refugios. Yo no los he visto aún, pero mi razón actual me dice que están en lugares muy ocultos, bajo el hielo. Y que cuando intuyen el peligro, emigran a otros lugares más seguros.

— ¿Y cómo vamos a encontrarlos, si no has estado jamás con ellos? —quiso saber Greet.

—Poseo un agudo sentido de la orientación —contestó Lon—. Hemos de ir hacia el norte. Ignoro el tiempo que estaremos marchando, pero sé que en veintiocho días, serás como yo, y la naturaleza no podrá causarte daño.

—Sí. Primero la fiebre, después mi piel se volverá oscura y por fin me saldrá vello en el cuerpo.

—Exacto —asintió Lon—. Por eso buscaremos un refugio, donde yo te cuidaré. No necesitamos más que hielo y algunas raíces que buscaré junto a la tierra, bajo la nieve.

Para dar fe de lo que decía, Lon arañó el duro hielo con las manos arrancándolo como si fuese arena. De rodillas, fue ahondando rápidamente y formando una galería por la que podían entrar fácilmente. No parecía costarle esfuerzo alguno a Lon. Arrojaba hacia atrás el hielo arrancado. Luego, se volvía y empujaba, sacando al exterior, el hielo pulverizado.

Greet, junto a él, le veía trabajar, maravillado. Conocía ya la gran fuerza física del «monstruo» y esperaba poseer pronto aquella misma cualidad.

En menos de media hora, Lon Weyburn había hecho un agujero en el hielo lo suficiente profundo para encontrar la tierra dura y parda, cubierta de líquenes. Ensanchó luego la cavidad, para poder permanecer cómodamente y el hielo extraído de la galería lo dispersó sobre la superficie, haciendo luego unos paneles prensados a mano, que fijó en la entrada. A poco que soplase el viento, el agujero quedaría tajado y solidificado.

Dentro del refugio, nadie podría encontrarles.

—No moriremos asfixiados, ¿verdad? —preguntó Greet.

—No. El frío nos protege. Apenas si necesitamos aire para respirar.

Nuestro organismo es más perfecto que el de los «daki». Ya te irás convenciendo. Ahora, es mejor descansar. Acércate a mí y te daré el calor que necesitas para la mutación.

Greet no tenía miedo ya. Lon era horrible, como un simio grande. Pero el sentido de sus palabras, que había comprendido como si fuese una inspiración, le daba ánimos para someterse a la mutación.

Horas después, la fiebre empezó a apoderarse de Peter Greet, y en su delirio empezó a conocer el misterio de los «Monstruos del Hielo», la nueva raza creada a través del virus rosado que «algo» envió desde un planeta llamado Koe. Y la verdad se le fue haciendo diáfana, a la vez que su piel se hacía negra y luego dura, a medida que pasaban los días.

En las raras ocasiones en que sentía necesidad de comer, Lon arrancaba líquenes del suelo y los masticaba. No necesitaba mucho alimento. Unos gramos de aquella sustancia húmeda y verdosa le bastaban. Escupía el bulbo sobrante y tragaba el jugo. Su nuevo organismo no necesitaba más.

También dio de comer a Greet aquel musgo y el enfermo, inconsciente, lo masticó, ingiriendo como si estuviese despierto.

De aquel modo, en completa inmovilidad, Peter Greet se fue transformando paulatinamente, hasta que, al cumplirse la rotación lunar, su aspecto era exactamente igual al de su compañero.

Cuando abría los ojos, de vez en cuando, y miraba a Lon, emitía un rugido para exteriorizar su gozo. Sentía latir con fuerza su corazón reforzado y la sangre le corría tumultuosamente por las venas.

En varias ocasiones, repitió:

— ¡Mak! (Gracias).

Un día, Greet se encontró en condiciones de abandonar el refugio. Ya era un «Euki» completo. Había comprendido, intuido y pensado. No tenía necesidad de preguntar nada a Lon. Eran exactamente iguales. Dos «Euki».

Sin palabras, decidieron abandonar el refugio. Al salir al exterior el sol estaba algo más bajo en el horizonte. El silencio era inmenso. Sin hablar se dirigieron hacia el norte. Ambos conocían el camino.

Y así caminaron tres días y medio, a buen paso.

De pronto, al pasar junto a una profunda grieta, Lon se detuvo y un gruñido se escapó de su boca cerrada. Se volvió a Greet y le preguntó:

— ¿Has captado presencia humana, Peter?

—Sí, creo que en ese abismo hay alguien.

—Un lugar un tanto insólito para morar. Pero puede tratarse de algo imprevisto. Vamos a examinar el fondo.

Se acercaron al borde de la grieta, asomándose. No se sorprendieron de ver los restos de una avioneta, medio cubiertos de hielo.

— ¡«Daki»! —exclamó Greet.

—Hemos de transformarlo —dijo Lon—. Vamos a descender. Ese avión debió de caer ahí y su ocupante no pudo salir. Pero vive, aunque parezca extraño.

Los dos «monstruos» se descolgaron con facilidad por el muro vertical helado. Hundían sus manos velludas en el hielo, se aferraban e iban practicando una especie de escalinata.

A media altura, Lon emitió un rugido, para llamar la atención de la persona que pudiera estar dentro del destruido aparato.

¡Y dentro de aquellos restos de avión se encontraba Marie Weyburn, con una pierna que ella misma se había entablillado!

* * *

La huida de Marie tuvo un final dramático. Hubo una ventisca súbita, producida por los vientos polares, y, envuelta en rachas de viento helado, nieve y hielo en polvo, el aparato descendió lentamente, hasta tocar suelo. Resbaló entonces y fue a precipitarse en el fondo de aquel agujero en donde se encontraba ahora. Hubo roturas del fuselaje, alas y motor, y Marie se dio un fuerte golpe, quedando sin sentido. Cuando recobró el sentido, horas después, tenía la pierna izquierda doblada y sin movimiento, y en la rodilla sintió un dolor espantoso.

Haciendo un sobrehumano esfuerzo, Marie logró moverse entre los restos de la cabina. Tomó el botiquín y unos palos de esquiar que habían colocado entre el equipo, que le sirvieron para entablillarse la pierna.

Los dolores que pasó la joven mientras se atendía a sí misma, jamás los había sentido. Sudaba, estaba a punto de desvanecerse, y se tornó blanca como la cera. Pero, pese a todo, logró terminar su trabajo, quedándose luego sentada sobre el inclinado piso.

Más tarde, y con esmerado cuidado, intentó hacer funcionar la radio. No lo consiguió. El aparato estaba estropeado a consecuencias del golpe. Por fortuna, tenía alimentos allí para más de sesenta días. Con paciencia pues, se dedicó a reparar los agujeros en el fuselaje, a fin de protegerse del frío, y se instaló lo más cómodamente que le fue posible. Era incapaz de moverse. Necesitaba alimentarse y recobrar sus movimientos. No se amilanó. Sabía que, de momento, no corría ningún peligro. Tenía prendas de abrigo y alimentos. Después de todo, ¿qué más podía pedir? Se resignaría con su suerte y cuando estuviese en condiciones de moverse, intentaría salir del atolladero en que se encontraba.

Lo más importante, en aquellos momentos, para ella, era no perecer de frío o de hambre. Tenía un fogón de petróleo y varios bidones de esencia para utilizar. Al principio, reunir en torno a ella todo lo que necesitaba, le costó grandes sufrimientos, debido al dolor de su pierna entablillada. Luego, poco a poco, el dolor fue cediendo, hasta desaparecer a medida que pasaban los días.

Llegó incluso a abrir la compuerta y arrancar hielo del exterior que fundió en una marmita, para convertir en agua.

Comía galletas, conservas enlatadas, mantequilla y té. Además, tenía largas horas para pensar en su triste suerte, ¡y en Lon!

Perdió hasta la noción del tiempo, sumida en aquel agujero, en el silencio

más profundo, donde la claridad siempre era la misma, porque el sol mantenía en el cielo de día y de noche, alumbrándola en su soledad.

Así transcurrieron los días.

Hasta que, de pronto, un rugido bestial le hizo encogerse el corazón. Ya se movía con bastante facilidad, aunque cuando se apoyaba sobre la pierna lesionada, el dolor la sacudía vivamente.

Sin embargo, al escuchar aquel rugido, se incorporó se asomó a la ventanilla del aparato. El calor reinante en el interior impedía que se formase hielo en el exterior. Pero a través de los empañados cristales de plástico, Marie vio a los dos «monstruos» que se descolgaban por la pared vertical de hielo.

¡Entonces un grito inexpresable se escapó de su garganta!

¡Las ropas que aún vestía uno de los «monstruos» eran las mismas que ella había preparado, tiempo atrás, para su marido!

— ¡Lonny! —gritó con teda la fuerza de sus pulmones, lanzándose hacia la portezuela de la avioneta y abriéndola.

Los dos «monstruos» habían quedado momentáneamente indecisos al escuchar el grito. Ahora, Lon Weyburn descendió apresuradamente y los últimos metros los saltó, cayendo cerca de donde estaba el aparato medio enterrado en el hielo.

Por vez primera, Lon y Marie se encontraron frente a frente.

— ¡Lonny! —repitió Marie, apoyada en el marco de la pequeña compuerta, jadeante y mirando con temor y angustia al hombre que había sido su marido.

Lon Weyburn se levantó y avanzó unos pasos hacia ella, mirándola con aquellos ojos implorantes e inexpresivos, que la mujer recordaba con tanta congoja.

Peter Greet descendió, con más suerte que Lon, y se acercó rápidamente, sujetando a su compañero del brazo.

—Lon, ¿quién es ella?

—Fue mi mujer, Peter.

Marie no podía entender las sílabas sincopadas que pronunciaban los otros.

—La recuerdo. ¿Y que hace aquí?

—No lo sé.

—Ella no puede entendemos. Es mejor que nos vayamos.

Lon se volvió a mirar al otro.

— ¿Irnos? No podemos hacer eso. Hemos de contagiarla, convertirla en lo que somos nosotros, hacerla como nosotros.

—Somos «Euki», Lon. Ella es «daki». Si la tocas y le contagias el virus rosado, perderá su belleza y su sexo. Será un «Euki» como nosotros. ¿Es eso lo que quieres?

— ¡Tengo que hacerlo, Peter! ¡Es el designio de Koe! —pareció gemir Lon.

—Tú la recuerdas. Fue tu esposa. Es el último vínculo que aún te une a

otro mundo, Lon. En cuanto se transforme, ya no volverá a ser lo que fue.

— ¡Lon, eres tú! ¡He venido a reunirme contigo! ¡No me abandones! —gimió Marie, aferrada al aluminio de la compuerta.

Pero el «Monstruo del Hielo», afectado por las palabras de su compañero, estaba indeciso, sosteniendo una intensa lucha consigo mismo.

—Marie —musitó Lon.

Era un nombre que aún podía pronunciar casi como un ser humano.

Ella, al escucharlo, sintió que se le nublaba la vista. La emoción fue demasiado intensa y sufrió un desvanecimiento, desplomándose pesadamente y cayendo sobre el hielo que lo rodeaba todo.

Instintivamente, Lon Weyburn avanzó, para levantarla. Peter Greet le sujetó del brazo.

—Piénsalo bien, Lon. Ella sabe quién eres. Quizás ha sufrido este accidente, al venir a reunirse contigo. Es lógico suponer que, si te amaba, quisiera saber de ti, conocer tu suerte, ¡tal vez buscarte para unirse a ti!

—Sí —asintió Lon, intentando desasirse del otro «monstruo»—, ha venido a buscarme. Tenemos que llevárnosla con nosotros... ¡Es mi mujer!

— ¡Era tu mujer, Lon! Ya no lo es. Si la contagias con el virus que transportamos, dejará de serlo, para convertirse en un «Euki», como tú y yo. ¿No te das cuenta?

— ¡Claro que me doy cuenta!

—No debes tocarla, Lon. Ni siquiera acercarte a ella.

— ¡Nuestro deber es transformar a toda la humanidad, Peter! —chilló Lon, con voz inhumana.

—Sí, ese es el mandato de Koe. Pero en nosotros hay una mezcla de «Euki» y «daki». Somos medio humanos o medio monstruos. Tenemos conciencia, aunque no nos demos cuenta.

»Eso es lo que he pensado y comprendido durante el tiempo que he permanecido en letargo. Un «Euki» jamás será perfecto, como tampoco lo son ellos.

»Si quisiéramos, podríamos contagiar a toda la humanidad. Es fácil. Saldríamos del hielo e iríamos a los grandes núcleos urbanos, donde la gente vive hacinada. Allí reina la luz y la noche. Nosotros no tememos al calor, aunque nos moleste.

»Y en poco tiempo, millones de personas, de «daki», serían «Euki». ¿No te has preguntado por qué nuestros compañeros no lo hacen?

—No te entiendo, Peter. Ese es el mandato.

—Pero ¿por qué no se cumple? Yo creo saber la respuesta. Nosotros queremos mantenernos unidos, en el frío, lejos de los «daki». En contra del mandato de Koe, nos ocultamos, casi temiendo que los «daki» vengan a nosotros. ¿Por qué, Lon? ¿Por qué?

—Reminiscencias humanas, quizás —musitó Lon.

—Exactamente. Vamos a vivir tantos años que no tenemos necesidad de precipitarnos. No hay prisa, Lon. Es como si quisiéramos, en el fondo de

nuestras almas, salvar a la humanidad de un peligro.

—Sí, creo que tienes razón. Yo no pienso así, pero siento de ese modo.

—Ella, tu mujer, es «daki», Lon. Jamás volverá a ser tuya. Si la contagias, vendrá con nosotros y será uno como nosotros... ¡Pero ya no será tu esposa!

—Tienes razón, Peter. Aun así, está en apuros.

—No debemos tocarla. Yo no la tocaría. Supongo que alguien la ayudará.

— ¿Y si muriese, Peter?

— ¿Por qué ha de morir?

—Parece enferma...

—Ha sido la impresión, al vernos. Decídete, Lon. Vámonos y déjala. La vida puede continuar para ella en otro lugar. Vuestro matrimonio tuvo mala suerte. Pero ella aún tiene posibilidades de vivir y ser feliz.

— ¿No sería feliz con nosotros?

— ¿Lo sabes tú?

Lon no respondió.

—La querías, ¿verdad?

—Mucho.

—Entonces, déjala vivir como una «daki». Si su destino es encontrarnos alguna vez y no podemos evitar que sea «Euki», es que Koe es más poderoso que la voluntad dominada que llevamos dentro.

»Sé que estamos actuando como rebeldes de Koe. Pero ambos somos «Euki» recientemente y sentimos como si algo grave hubiese ocurrido a las gentes.

»Iremos al hielo, con los nuestros, y permaneceremos allí hasta que sea necesario salir, cuando el frío haya diezmado a los «daki» y estén a punto de ser destruidos. Entonces seremos útiles... Pero eso puede suceder dentro de diez o veinte mil años... Tu mujer no vivirá tanto tiempo, pero quizás sea feliz en su existencia, del mismo modo que lo pudo haber sido contigo.

—Marie no se uniría a otro «daki», Peter. Ha debido de sufrir mucho por mi causa.

—Precisamente, por ese sufrimiento que le has causado, permítele que sea feliz.

—Eres extraño, Peter Greet. Tu llegada junto a los «Euki«» va a causar grave inquietud. Ese no es el mandato de Koe, y, sin embargo, creo que tienes razón.

—Tenemos muchos siglos aún para realizar el mandato de Koe, Lon. Haz a la mujer que unió su vida a la tuya un último favor. Ayúdala y no contagies su cuerpo... Ella ya no te pertenecerá nunca.

»Voy a decirte algo que no te había dicho. Conocí a tu mujer. Estaba siempre preguntándonos por tu estado. Yo era entonces «daki», como ella. Y me daba pena.

»Pero un día se fue, en compañía de un famoso periodista americano, que la convenció de que debía distraerse. Sé que él la llevó a su casa, donde vivía su madre.

»Al poco de irse, una doctora rusa insinuó que tu mujer, habiendo estado en contacto contigo, podía estar contagiada del virus rosado. Tú y yo sabemos que el contagio no se produce de un «daki» a otro «daki». Es preciso ser «Euki» para poder transmitir el virus rosado, obra de Koe.

»Tú no podías contagiarla en aquellos días. Pues bien, la doctora Wieliczka fue en busca de tu mujer, para someterla a un análisis. No sé el resultado de la prueba, pero algo me dice que debió de suceder un imprevisto.

»Yo pienso, Lon. Tu mujer regresó de casa de Alan G. Shelton. Algo ocurrió allí. ¿Por qué no creer, nosotros que conocemos a los «daki», que la doctora Wieliczka intrigó para apartar a Shelton de ella?

— ¿Por qué había de hacer eso?

—Somos «Euki» y comprendemos, Lon. Tú también comprendes. Pero no conoces a Shelton. Es el tipo de hombre moderno con el que sueñan muchas mujeres. Wieliczka no es distinta, aunque proceda de un país frío.

»Si yo fuese «daki» no pensaría estas cosas. Ahora las pienso. Yo elegí ser «Euki», libremente. Estudié tu lengua. Comprendí tu estado y decidí seguirte. Yo era libre. Mi destino, si se cumple, es eterno... ¡Por Koe, Lon, compréndeme! No quieres admitir que tu mujer pueda enamorarse de otro hombre, creyéndote irrecuperable, perdido para siempre. Ella lo sabe, o, al menos, lo intuye.

»Otra mujer se ha interpuesto, obligándola a renunciar a todo. Si estuviese consciente, dado que te ha reconocido, se arrastraría hasta ti, pidiéndote que le lleves contigo.

»Pero tú no puedes hacer eso, porque ella fue algo muy grande para ti y la recuerdas con ternura.

—Sí, Peter —musitó Lon—. Sé que no será mía nunca más.

—Déjala volver con el otro hombre que puede hacerla feliz y darle hijos que tú no le has podido dar. No la prives de ese derecho «daki» que ellos tanto aprecian.

»Escucha. Pienso que hay un modo para ayudarla, sin peligro de contagio. Las planchas de ese aparato nos pueden servir para hacer un recipiente, donde la podemos introducir. Así es fácil sacarla de aquí y llevarla a donde los «daki» puedan socorrerla. Pero no hemos de tocar ni un solo cabello.

»La llevaremos cerca de una localidad habitada y nos llevaremos la envoltura en que la vamos a transportar. Así no habrá peligro alguno de contagio. ¿Te parece bien, Lon?

—Sí, hagámoslo así. Podemos devolverla a Fort Saskeboro. Y una vez allí... ¡Yo me encargaré de la doctora Wieliczka! ¡Jamás se volverá a interponer entre una mujer «daki» y un hombre «daki» que la ame!

»¡Esa mujer sí que vendrá con nosotros, para conocer el secreto de «Euki»!

Inmediatamente, los dos «Monstruos del Hielo», sin acercarse a donde estaba tendida Marie, empezaron a arrancar tiras de aluminio del fuselaje del avión, como si fuesen hojas de papel, teniendo la precaución de colocarlas sobre el hielo, con la cara no tocada hacia arriba. Y por si esta precaución

fuese poco, Peter regó con gasolina las planchas y las incendió, para ahuyentar cualquier germen rosado que pudiera existir.

Luego, las láminas sirvieron, con precaución, y ya frías, para envolver suavemente a la inconsciente Marie.

CAPÍTULO IX

La llegada de nuevos contingentes de tropas sitió completamente Fort Saskeboro, en donde ordenes tajantes impidieron salir a nadie durante bastantes días. Un delegado del gobierno y otro de las Naciones Unidas llegaron y se hicieron cargo del mando, poniéndose en contacto por teléfono con el coronel Cameron, el cual estaba también recluido en el fuerte.

—Nadie puede salir de ahí, coronel —dijo el delegado del gobierno—. Tenemos la seguridad de que nosotros no estamos contagiados. Pero de ustedes no podemos decir lo mismo. Confiamos en que los análisis sean negativos. En tal caso, y previa comprobación especial y condiciones mucho más rígidas llevadas a efecto por nuestros científicos, se les dejará salir y regresar a la civilización.

»El que esté contaminado será destruido con descargas atómicas, para lo cual hemos situado veinte baterías en torno a Fort Saskeboro. Esas son las órdenes.

»Una vez se haya comprobado exhaustivamente que ustedes no tienen el virus, se les sacará de ahí e iniciaremos la desintegración sistemáticamente de toda la zona, en dos mil o más millas a la redonda, para lo que disponemos de bastantes bombas «H», que fundirán hasta los cimientos de la Isla Ellesmere.

El coronel Cameron no replicó a estas instrucciones. No podía hacerlo, y se aferró al único clavo ardiendo que le facilitaban. Reunió a los científicos a sus órdenes y les transmitió el mensaje.

—Sabemos que el doctor Robbins y los dos policías montados están contagiados y sufren ya los primeros síntomas de fiebre.

Durante aquella difícil prueba, Alan G. Shelton, sin decir nada a nadie acerca de la confesión que le había hecho Nadja Wieliczka, por temor a no ser creído, intentó escapar de Fort Saskeboro, a fin de poder dirigirse hacia el norte y buscar a Marie.

No le fue posible. Su avioneta había sido precintada e inutilizada por la policía montada. Y su hábil estratagema, engañando al policía que le vigilaba,

terminó a menos de doscientos metros de donde estaban situadas las nuevas tropas llegadas para sitiar el fuerte.

Le descubrieron y le ordenaron retroceder.

Cabizbajo, Alan retrocedió, regresando a su cabina, donde se encerró. Tenía la impresión de estar condenando a Marie Weyburn a la muerte. No tenía noticias de que nadie hubiese ido a buscarla. Los ánimos estaban demasiado deprimidos y la tensión demasiado grande. Todos temían estar contagiados, y el peligro que corrían allí era enorme, sabiendo que nada podía contener a un «monstruo».

Sin embargo, a los tres días se despejó un tanto la incógnita, al diagnosticar los médicos que nadie estaba contagiado, excepto el doctor Robbins y los dos policías montados que fueron atacados por Lon.

Alan, acerca del que estaba presionando la «United Press», fue de los primeros en salir del fuerte, llevando el resultado de su análisis. Pero nada más llegar a donde estaba el puesto de control, se le condujo a una vivienda prefabricada y se le encerró, para ser sometido a un nuevo y más completo análisis de sangre, piel y esputo. Se le quitaron las ropas y cuantos objetos llevaba encima, todo lo cual fue destruido, haciéndole pasar a su albergue provisional, donde, día tras día, se le fue reconociendo, hasta quedar demostrado que estaba libre de la peligrosa enfermedad.

Dos semanas después, Alan Shelton quedaba enteramente libre.

Alan pudo salir aquel mismo día. Se encontró al capitán Frill, que estaba dando órdenes a sus hombres. También vio al doctor Stewart. Se acercó a él y le interrogó:

— ¿Se ha evacuado ya Fort Saskeboro, doctor?

—No del todo. Allí han quedado Robbins, Nadja Wieliczka y...

— ¿Nadja Wieliczka? —se sorprendió Alan—. ¿Está contagiada del virus?

—Pues, a decir verdad, no he comprendido bien lo ocurrido —dijo el doctor Stewart, evasivamente—. Pero el resultado de su análisis ha sido afirmativo.

— ¿Y que harán con ellos?

—Por humanidad se les ha dejado allí, encerrados. Están solos, tienen alimentos abundantes...

— ¿Y nadie cuida de ellos?

—No. Fort Saskeboro ha sido evacuado totalmente.

— ¿Los piensan aniquilar con bombas atómicas?

—No lo sé. Si desea más información, vaya a ver al coronel Cameron.

Alan no perdió el tiempo. Se consideraba como parte integrante de la noticia y, pese a todo, continuaba siendo periodista. Solicitó ver al coronel Cameron, a través del capitán Frill, y se le concedió una entrevista.

Cameron estrechó la mano de Alan con entusiasmo,

— ¿Cómo lo ha pasado usted?

—Mal, créame. La espera de ese veredicto infernal me ha envejecido diez años.

—Lo mismo me ha ocurrido a mí, Shelton. Podemos dar gracias de estar aquí.

—Quería preguntarle acerca de la doctora Nadja Wieliczka.

—Su análisis ha sido positivo. Tenía usted razón respecto a ella. Esa mujer ha trabajado demasiado cerca del peligro y ha terminado por contagiarse.

— ¿Que harán con ella?

—Nada. Se quedará en Fort Saskeboro hasta que se haya consumado su transformación. Tanto ella como Robbins y los otros han sido «anillados».

— ¿Anillados? ¿Qué quiere decir?

—Se les ha colocado una pulsera grabada, con sus nombres y profesiones. Cuando sean «monstruos» no recordarán nada, ni sabrán por qué llevan eso. La verdad es que se trata de un truco ingenioso del delegado Mellow. Esas pulseras llevan minúsculos transistores de germanio, que emiten una onda continuada.

»Mellow piensa que los «monstruos» irán a reunirse con sus compañeros. Y esas radioondas delatarán su presencia, por muy ocultos que estén.

— ¿Piensan destruirlos con bombas atómicas?

—Sí, lo siento, Shelton. Puede usted informar de eso. No hay censura previa. Si queremos evitar un grave peligro, los «monstruos del hielo» han de ser aniquilados.

»El Instituto de Criptografía ha descifrado, por medio de los datos que facilitó el doctor Peter Greet, todo lo que había grabado en el magnetofón. Ahora sabemos de los «monstruos» tanto como ellos. Y hemos llegado a la conclusión que, para destruirlos, solo existen las radiaciones atómicas.

»Es una lástima, ya que todos esos infelices son seres humanos que se han transformado gracias a un virus llegado solo Dios sabe cómo. La Comisión Mundial de la Salud Pública se ha reunido y ha presionado ante los gobiernos para que se aísle todo este territorio y se triture con bombas atómicas.

— ¿Y Marie Weyburn? —preguntó Alan—. Sé que no estaba contaminada.

—No se ha sabido nada de ella. Lo siento, Shelton. Escapó, quizás para ir a reunirse con su esposo. En estos momentos, quizás, se haya convertido en un horrible «monstruo».

—No... No puede ser. Es imposible.

— ¿Le interesaba a usted mucho esa mujer?

—Sí, coronel. Cuando perdió a su esposo, la llevé a casa, con mi madre. Tuve la idea de sosegarla, dejando pasar el tiempo, para luego pedirle que se casara conmigo. Su existencia había quedado truncada. Yo podía restituirle algo de lo que había perdido.

—Comprendo su interés, señor Shelton. Y lamento en el alma lo ocurrido. Mucho me temo que no se sepa nada más de ella.

— ¿No se ha registrado el territorio?

—Las expediciones que había en la zona norte han recibido órdenes de regresar. Todos los hombres están ahora sometidos a tratamiento y análisis. Se

ha concluido la búsqueda. Ahora viene un periodo de espera, mientras los gérmenes de los afectados en Fort Saskeboro producen su metamorfosis.

»Luego, seguramente, escaparán y se dirigirán a donde están ocultos los demás «monstruos». Aviones especiales les seguirán y los localizarán. Entonces, las escuadrillas de bombardeo atómica terminarán esta desagradable historia.

Alan sintió formársele un nudo en la garganta y se levantó.

—Gracias, coronel.

* * *

El soldado que montaba guardia ante una tienda isotérmica, armado con un fusil ametrallador, agrandó súbitamente los ojos, al ver surgir, de pronto, ante él a dos figuras horripilantes. Un grito ronco se escapó de su garganta.

Su reacción, empero, no pudo ser más humana. Empezó a temblar, a sudar bajo sus ropas de abrigo y se olvidó que tenía un fusil ametrallador en las manos. De todas formas, le habría servido de poco.

Pero lo más sorprendente fue que los monstruos se detuvieron a unos cien metros, dejando en tierra el objeto cilíndrico que llevaban. Uno se arrodilló y el otro, después de cambiar varios gestos con su compañero, se encaminó, a grandes saltos, en dirección a Fort Saskeboro.

Fue entonces cuando otro centinela, al ver al aparecido, disparó al aire, dando la alarma.

Lo que ocurrió a partir de aquel momento fue algo indescriptible. Sonaron pitos, disparos, ráfagas de ametralladora y hasta explosiones de bombas. Surgieron tropas de los vivaques, avanzando hacia el abandonado fuerte. Pero ninguna de las balas disparadas contra los «monstruos» causaron mella en ellos.

Lo que sí encontraron las primeras tropas que llegaron al lugar fue a una mujer que se arrastraba penosamente sobre el hielo, pidiendo ayuda.

Allá, a lo lejos, el «monstruo» que la había sacado de su envoltorio de aluminio corría a saltos, emitiendo unos rugidos capaces de helar la sangre en las venas.

Varios soldados quisieron acercarse a la mujer. Un oficial gritó:

— ¡No la toquéis, por el amor de Dios! ¡Dejadla ahí hasta que vengan los médicos!

Se comunicó al cuartel general lo ocurrido y pronto llegó una ambulancia, accionada por cadenas, de la que salieron dos hombres enfundados en monos blancos y herméticos. Provistos de gruesos guantes, los dos hombres colocaron a la mujer sobre unas parihuelas y la subieron a la ambulancia.

Mientras, en dirección a Fort Saskeboro, el tiroteo arreciaba. El capitán Frill ordenó disparar sus morteros especiales, y las terribles explosiones levantaron la nieve y el hielo, en torno a donde corría Peter Greet, llegando incluso a producir explosiones justamente bajo los pies del «monstruo», al que no le ocurrió nada, aunque cayó varias veces para levantarse y reanudar su

sorprendente carrera.

El «monstruo» terminó por desaparecer entre las construcciones de Fort Saskeboro, donde permaneció más de una hora. Al fin salió, dirigiéndose hacia el norte, de nuevo perseguido por un intenso tiroteo que ninguna mella le causó, para luego ser cañoneado por baterías más pesadas.

Nada de esto logró detenerle. Peter Greet escapó al cerco, porque nadie había allí con deseos de interceptarle el paso. Y horas después, el «Monstruo del Hielo» se reunía con su compañero, Lon Weyburn.

—He estado en Fort Saskeboro —dijo Greet—. Emplearon conmigo toda clase de armas, pero no se atrevieron a lanzarme granadas radioactivas.

—Es evidente que temen más que nosotros las consecuencias de esas armas —respondió Lon, tristemente—. Se han llevado a Marie.

—He visto algo en Fort Saskeboro —siguió diciendo Greet.

— ¿Qué?

—Hay nuevos «Euki» en transformación. Conocí al doctor Richard Robbins y a la doctora Nadja Wieliczka.

— ¿Ella, también? —se sorprendió Lon.

—Sí. Se contagió voluntariamente. Lleva esa idea desde hace tiempo. Pero he observado que los «daki», por algún motivo, han colocado en las muñecas de todos ellos unas cadenitas con una placa, en la que han puesto sus nombres y profesiones.

—Tal vez se propongan indicar a los «Euki» lo que eran en su anterior estado.

—De poco les puede servir. En fin, Peter, hemos cumplido nuestro deseo. Marie volverá ahora con ellos y nosotros podemos reintegrarnos al frío, a esperar el día de la conquista final. Los «daki» nos rechazan por instinto de conservación. Cuando nos necesiten, iremos a ellos.

Juntos, despacio, Lon Weyburn y Peter Greet se alejaron, caminando hacia el norte. Detrás de ellos quedaba un mundo sobrecogido y aterrorizado. Pero de ello, los «Euki» no tenían la culpa...

* * *

Alan Shelton se enteró del regreso de Marie Weyburn y creyó enloquecer de alegría. Intentó, por todos los medios, hablar con ella. Pero no le fue posible en modo alguno. Lo más que le permitieron fue escribir a Marie, pero no obtendría respuesta hasta que a ella le fuese levantado el aislamiento, en caso de que su análisis resultase negativo.

Y de esto existían muchas dudas, por razones que el propio coronel Cameron expuso a Alan.

—Marie Weyburn ha estado en contacto con los «monstruos», posiblemente con Lon Weyburn y Peter Greet, porque no tenemos ninguna duda de que fueron ellos los que la han traído.

»El soldado que descubrió a los «monstruos», dijo que depositaron la cápsula de aluminio en tierra y, mientras uno procedía a desenvolverla,

sacando el cuerpo que había en su interior, o sea a Marie Weyburn, el otro se dirigió hacia Fort Saskeboro, dando grandes saltos.

—Así, pues, ¿han sido ellos quienes la han devuelto? —preguntó Alan, sorprendido.

—Sí. No sabremos la verdad hasta que Marie nos lo cuente todo.

— ¿Y no se puede hablar con ella, aunque sea por teléfono?

—Las órdenes del Delegado Mellow son estrictas. Hay que esperar el resultado del análisis.

Fueron cuatro días verdaderamente angustiosos para Alan, quien pasó el tiempo escribiendo. Sin embargo, el doctor Stewart tuvo la delicadeza de ir a verle en cuanto tuvo el resultado del análisis.

Entró Stewart atropelladamente en la cabina de Alan y exclamó:

— ¡Negativo, Shelton! ¡Marie Weyburn no está afectada por el virus rosado!

Se había disipado la incógnita. Alan no supo reaccionar, quedándose impasible. El médico hubo de acercársele y palmotearle la espalda vivamente.

—Vamos, ¿no es esto lo que quería?

—Sí... Gracias, doctor Stewart... ¿Puedo ir a verla?

—Sí, ¡naturalmente! Y hágame caso. Usted que puede, váyase lejos de aquí con ella.

—Sí, eso haré —musitó Alan, maquinalmente.

Salió torpemente de la cabina, dirigiéndose a la oficina de administración, donde pidió permiso para ir a ver a Marie. Allí aún no sabían nada. Pero un oficial llamó a «presuntos contagiados» y obtuvo la noticia.

—Puede ir a la salida. «A». Marie Weyburn saldrá de un momento a otro por allí.

El periodista salió corriendo y llegó al lugar donde le habían indicado. Aun tuvo que esperar unos minutos, paseando impaciente arriba y abajo, ante la cerca de alambre. Al fin, después de una interminable espera, vio venir a Marie, envuelta en las prendas azules, guateadas e isotérmicas, de los que eran absueltos.

Marie atravesó la entrada, acompañada de un oficial del ejército. Alan se acercó a ella y la tomó en brazos, sin que ella opusiera resistencia.

— ¡Marie! ¿Has leído mis cartas?

—Sí —murmuró ella.

—No me respondas ahora. Vámonos de aquí. Tomaremos un avión para los Estados Unidos. Somos libres. Quiero que vuelvas a vivir, a sentir felicidad, a...

—Alan, ¡le vi!

— ¿Le viste?

—Sí. Era él. Debí de perder el sentido. Eran dos. Me envolvieron en planchas de aluminio y me trajeron aquí. Lo hicieron, seguramente, para no contagiarme... ¡He comprendido perfectamente cuál es la voluntad de Lon!

Mirándose intensamente a los ojos, permanecieron callados durante un

rato.

Sus pensamientos parecieron transmitirse de mente a mente, como si entre ambos se hubiese establecido una corriente magnética.

No necesitaron decirse nada más. Sus ojos expresaron el resto. Luego, Alan la tomó del brazo y se la llevó de allí, ante la mirada complaciente del oficial.

Para aquellas dos almas que se habían conocido en el infortunio aún quedaba una esperanza de felicidad. Ambos pondrían de su parte todo lo que pudieran para olvidar.

Y terminarían consiguiéndolo.

Para los otros no hubo salvación.

Un mes más tarde, aviones de reconocimiento especial, siguiendo el rastro de ciertas radioondas, localizaron cerca de la Tierra de Grant, un gran campamento bajo los hielos, donde se hacinaban varios centenares de «euki», que parecían estar esperando su destino.

Y el Alto Mando Estratégico ordenó bombardear sistemáticamente toda la zona, por medio de bombas de hidrógeno. Toda la Isla de Ellesmere pareció desencajarse, fundiéndose los hielos y sembrando la muerte y la destrucción en una gran extensión de terreno desértico.

¡No sobrevivió ni un solo «euki»!

Y si el virus rosado continuó intacto o no, jamás se supo. Todo el territorio quedó declarado zona radioactiva, intransitable durante muchos años.

FIN

BOLSILIBROS TORAY

OESTE



ARIZONA
Publicación quincenal. 9 ptas.



HURACÁN
Publicación quincenal. 9 ptas.



RUTAS DEL OESTE
Publicación quincenal. 9 ptas.

SIOUX
Publicación quincenal. 9 ptas.



SEIS TIROS
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPUELA
Publicación quincenal. 9 ptas.



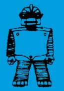
BEST-SELLERS DEL OESTE Los mejores "westerns" americanos.
Precio: 20 ptas. Publicación quincenal.

GUERRA

HAZAÑAS BÉLICAS Publicación quincenal. 9 ptas.



ANTICIPACIÓN



CIENCIA FICCIÓN
Publicación quincenal. 9 ptas.



ESPACIO
Publicación quincenal. 9 ptas.

ESPIONAJE



Aventuras de dos extraordinarios espías.
9 ptas. Publicación quincenal.



Una selección de autores franceses.
Precio: 30 ptas. Publicación mensual.

POLICÍACO

HURÓN Los maestros europeos de hoy en narraciones de intriga, crímenes, suspense... Precio: 50 ptas. Publicación quincenal.

